

Autores
Tabasqueños
Contemporáneos

6

Julia Calzada

AMARILLO BRILLANTE



127824

Autores Tabasqueños Contemporáneos

Julia Calzada



Julia Calzada nació en 1933 en Teapa, Tabasco. Ha publicado en periódicos locales algunos de los cuentos para niños que se incluyen en este volumen, el primero que reúne su producción. En lecturas públicas y en varias publicaciones usa para sus textos el título general de "Los cuentos de la abuelita".

**Este libro no sale
de la Biblioteca
Fondo Tabasco**

**Autores
Tabasqueños
Contemporáneos**

Julia Calzada

Amarillo brillante

**Gobierno del Estado de Tabasco
Villahermosa 1988**

CATALOGACIÓN EN PUBLICACIÓN

I3
808.068
C35
A53

Calzada Miranda, Julia, 1933-

Amarillo brillante / Julia Calzada Miranda.— Villahermosa, Tab.: Gob. del Edo. de Tab., Instituto de Cultura de Tabasco, 1988.

84 p. — (Autores Tabasqueños Contemporáneos)

I. Cuentos infantiles mexicanos. I. Ser. II. t.

(Catalogación en publicación: ICT. Dirección de Bibliotecas)

F-1.
861.11
C353
A53
N7 127824

Primera edición, 1988

Derechos reservados
conforme a la Ley © 1988

Gobierno del Estado de Tabasco
Instituto de Cultura de Tabasco
Calle Sánchez Magallanes, Fraccionamiento
Portal del Agua, lote 1, CP 86000
Villahermosa, Tabasco
México

Diseño de la colección: Carlos Gayou

Diseño de Portada: Alicia Wiechers

ISBN 968-889-121-5

Impreso en México

CONTENIDO

La viborita Matea	9
Pancito y Pancita	13
Zurumbé	17
Los patines de Cupertino	19
La leyenda del tanay	23
Milagro navideño: por accidente	27
El payasito de los pompones rojos	31
La familia Castilla	35
Bolita	39
Amarillo brillante	45
El monstruo de Cantemó	49
Raniola	55
Rayito	57
Los duendes bailarines	63
Largo largo medidor	65
Justicia campesina	69
Los petirrojos	71
La urna de las ofrendas	73
Camilo	77
El infierno de Filogonia	79

LA VIBORITA MATEA

En una ocasión la viborita Matea decidió ayudar a su mamá al sostenimiento del hogar, instalando para ello un comercio donde exponía a la venta hermosos vestidos confeccionados con pieles de víboras. Todos los modelos eran un primor por su elegancia y buen gusto.

El comercio de Matea fue aceptado con grandes exclamaciones de júbilo por las demás víboras, ya que después de escoger, todas compraban y salían satisfechas.

Un día la viborita se sintió mal, no quiso tomar sus alimentos y se quejaba de fuertes dolores de colmillos.

Su mamá estaba muy preocupada, ya que su hija siempre había tenido muy buena salud y nunca se quejaba de enfermedad alguna, y decidió acompañarla a visitar al dentista al día siguiente. Esa noche Matea sufrió. Los gritos de dolor se escuchaban desde lejos: “ayyy. . . ayyy. . . ayyyyy, mi colmillito me duele mucho”.

Al amanecer, la señora Víbora, como toda cariñosa mamá, fue con Matea al consultorio del dentista. Éste le dijo: “lo que le pasa a esta linda viborita es por su culpa; su colmillo se le ha enfermado de caries porque no acostumbra lavar y cepillar su dentadura después de cada comida. Pero ahorita la voy a curar para que ese dolor desaparezca”.

Prestando ayuda a Matea, que se acomodó en un sillón reclinable, muy práctico, extrajo de su botiquín una bolita de algodón, la cual, luego de mojarla en un líquido transparente, colocó sobre el diminuto colmillo de la enferma que empezó a sentir menos dolor, hasta que desapareció. Así, el dentista, ayudado por unas

pinzas pudo curarle quitando toda la caries y cubrirle el colmillo con un lindo casquillo de oro.

“Bien, Matea, después de tomar tus alimentos hay que cepillar esos colmillos para que siempre estén sanos” —dijo el profesional.

Ella prometió que así lo haría, pero no tomó en cuenta las recomendaciones que le hiciera el dentista.

Volvió a su trabajo muy contenta, atendiendo a su numerosa clientela y comiendo a toda hora grandes cantidades de dulces.

Al cerrar la tienda llegaba a su casa sin apetito, no tomaba ningún alimento y dejaba de cepillar sus colmillos. Por la noche le caminaban las cucarachas por la boca, uff. . . uff. . . ¡qué asco!, y la desobediente viborita se volvió a enfermar: ahora le dolía la panza, además del otro colmillo.

Su mamá muy apenada veía sufrir a su hija, le hizo té de hojas de naranjo y de hierbabuena para el dolor de panza, pero las molestias del colmillo continuaron toda la noche.

Muy temprano fueron nuevamente con el dentista. Al verlas las saludó muy amable, pero al mismo tiempo dijo: “Mira Matea, tú no me has obedecido, no cepillas tus colmillos como te recomendé que hicieras, ahora veo que tienes la mala costumbre de comer dulces a toda hora; sus residuos se fermentan produciendo dolores de estómago y caries mayores.”

Luego empezó a curarle el colmillo; nuevamente a Matea se le durmió toda la boca, sus labios estaban entumecidos por la medicina que le puso el dentista quien, antes de curarle le dijo: “Tienes que obedecer mis recomendaciones Matea para crecer sana y no tener problemas en el futuro.”

La viborita prometió muy seria que ahora sí seguiría las indicaciones para cuidar su salud, y desde ese día no se ha vuelto a enfermar.

Ahora muy sonriente atiende a su clientela, y se mira

en el gran espejo de su establecimiento donde sus col-
millos de oro brillan como un sol.

PANCITO Y PANCITA

¡Llegó la primavera! . . . los trocitos de hielo empezaban a derretirse con el alegre sol que calentaba los campos, vestidos con hierbas de diferentes tonos de color verde y ramilletes de campanitas moradas que hacían el paisaje más acogedor.

Las gotitas de agua caían de los arbustos en flor; humedeciendo a los alegres habitantes del bosque que, llenos de contento, se saludaban entre sí: “Buenos días, señor Arrocero”, “Buenos días, ¿cómo está señora Alondra?” . . . “Buenos días, señora Colibrí”, “gusto en saludarle señor Zenzontle”, . . . a la distancia todos vieron que se acercaba la señora Osa, trayendo enorme canasta con alimentos y de la mano a sus dos hijitos, Pancito y Pancita, quienes al vaivén de los lentos pasos de su mamá también contestaban con gran respeto al saludo de sus vecinos.

Para mamá Osa era un día muy especial, ya que por primera vez sacaba de su cueva a sus hijitos. Por eso los había vestido con gran esmero para que lucieran elegantes y bellos. A Pancita le adornó con vistoso sombrero amarillo al que le cosió un listón rojo que, al amarrarle el frente, formaba un moño muy coqueto; a Pancito le puso una gorrita que el día anterior había terminado de tejer. Estaba muy orgullosa de sus pequeños y los presentaba a todos sus amigos. Así pasaron muchas horas y al mediodía, después de tomar sus alimentos, mamá Osa se sintió muy cansada y se recostó en el tronco de un árbol; la sombra que daba el follaje y la fresca brisa hicieron que cerrara poco a poco los ojos hasta que se quedó dormida.

Los ositos se sentaron a su lado. Pasado un rato la

inactividad les fastidió, empezaron a caminar por el bosque: camina y camina, camina y camina; al principio todo era felicidad, cantaban así: “pin, pon, pan, los ositos quieren pan. . . pin, pon, pan, los ositos quieren pan. . .” Brincando por el bosque se fueron alejando más a cada momento y llegaron a un lugar donde había una enorme barda, tan alta, tan alta, que se perdía en el infinito.

“¡Tengo miedo, mucho miedo!. . . —dijo Pancita a su hermanito—. Mira esa barda tan alta que llega al cielo, no podremos pasar al otro lado, y si no regresamos pronto mamá estará preocupada.”

“Es cierto —dijo Pancito—. Además si el tigre nos ve solos, nos comerá. ¿Qué haremos?” Así, temblando de miedo, seguían camina y camina, cada vez alejándose más de su mamá. Ellos buscaban cómo cruzar esa barda tan alta: estaban desesperados y lloraban de miedo. Vieron que se acercaba un enorme tigre al que desde muy lejos le brillaba la piel con manchas negras y amarillas. A los ositos les escurrió por el cuerpo un sudor frío, el miedo hacía que sus dientes castañearan; cuando se encontraron un agujero en la barda, Pancito dijo a su hermanita: “cruza rápido”; ella contestó: “si cruzamos el tigre puede hacerlo, y de todos modos nos comerá”.

Eso discutían los ositos cuando empezaron a sentir el fuerte olor que despedía el hambriento felino que ya había olfateado a los pequeños. El aire llevó el desagradable olor hasta donde se encontraba la araña Catita quién rápidamente se acercó a los ositos diciéndoles: “Aunque no me conocen, yo a ustedes sí. Su mamá la señora Osa es mi amiga, ella me ha platicado que son muy cumplidos y obedientes con todo lo que les enseña, y por lo mismo no puedo permitir que el tigre se los coma; les voy a ayudar. Pasen por este agujero que hay en la barda —dijo señalándolo— y lo demás ya verán cómo lo arreglo.”

Los ositos pasaron al otro lado de la barda, y Catita se puso a tejer rápidamente una tela muy fina por todo el agujero; ya terminaba cuando llegó el tigre que le preguntó con su grueso vozarrón: “señora Araña, ¿no ha visto pasar por aquí a unos apetitosos ositos? . . .”

. . . La arañita con dulce y bien timbrada voz le contestó: “no señor Tigre, si los ositos hubieran pasado por aquí, esta tela que tejí ayer estaría rota. . . ¿no lo cree usted así? . . .”

“¡Bien! . . . —dijo el tigre—, ¡simpática señora Araña, tiene usted toda la razón! . . . seguiré buscando, porque hoy comeré estofado de tiernos oseznos. . . huuuummmm, huuuummm” —dijo entrecerrando sus verdes ojos y se alejó husmeando el ambiente.

Catita cruzó por el agujerito que aún quedaba en el centro de la tela que había tejido y, cuando llegó junto a los pequeños, vio que aún sudaban sus tiernos cuerpecitos; ella los tranquilizó dándoles a tomar agua a la que agregó miel que tomó de un panal próximo, que colgaba de la rama de grueso árbol y a cuyas abejitas previamente les solicitó. Los ositos, después de tomar tan rica bebida, agradecieron a la arañita el haberles salvado la vida. Al despedirse ella les dijo: “no puedo permitir que regresen solos, yo los voy a llevar y así tendré la oportunidad de saludar a mi amiga la señora Osa”.

En tan grata compañía, los ositos perdieron el miedo y se dispusieron a disfrutar el regreso. Por el camino encontraron a la familia Mofeta: papá, mamá y el pequeño, que muy ufanos alzaban la cola al saltar los pedruscos del camino. La señora Catita y los ositos les saludaron desde lejos, y muy disimulados se cubrían la nariz por el fuerte olor de tan singular familia.

Mamá Osa, llena de angustia por la ausencia de sus pequeños, al ver que se acercaban, caminó para alcanzarlos y con gran contento saludó a su amiga Catita,

agradeciéndole que hubiera acompañado a sus hijos.

Ellos le contaron el susto que habían vivido horas antes, a causa del terrible y carnicero Tigre; la ayuda que les brindó la arañita y cómo les acompañó al regreso.

Cuando la arañita se despidió, los ositos alzaron sus manos diciendo adiós a su protectora.

Su mamá con gran amor los cobijó entre sus fuertes brazos, donde ellos se sintieron seguros y le prometieron que nunca más se alejarían por el campo mientras fueran pequeños. La señora Osa los arrulló cantándoles así: “pin, pon, pan, los ositos quieren pan . . .”
pon, pan, los ositos quieren pan. . .”

ZURUMBÉ

En un lejano confín de África central existió una pequeña ciudad, tan pequeña, que sus casas medían un metro de altura. En dicho lugar moraban cientos de familias de pigmeos, todos eran alegres. Por las tardes salían de sus casas para tomar el fresco de la brisa, platicar y hasta bailar al compás de los bongoes.

Todas las pigmeas eran bonitas. Una de ellas, llamada Molambé, fue coronada por elección popular como la reina de la comunidad.

A mediados del mes de mayo, cuando los rayos del sol llegaban perpendicularmente a la tierra, el calor era tan fuerte que los sembradíos de plátanos y papayos doblaban marchitas sus hojas. Por esa temporada llegó a la ciudad un pigmeo forastero, gordo, viejo, barbado y feo. Al conocer a la hermosa Molambé nació entre ellos una bella amistad que fue aumentando con el trato diario.

Por el contrario, los pigmeos aborrecían a Zurumbé por feo; aborrecían su presencia, pero no sabían que el corazón que guardaba su cuerpo era invaluable y bello por bondadoso.

Al llegar el mes de julio, después de los primeros aguaceros, el río Níger —que pasaba cerca del pueblo— creció tanto que las aguas se salieron de su cauce.

El calor tenía agobiados a los chiquillos, quienes sin consultar a sus papás decidieron darse un chapuzón en las frescas y correntosas aguas.

Llegaron en tropel hasta la orillita del río. El más chiquito del grupo, un pigmeito alegre y rechonchito, se tiró al agua y como no sabía nadar, sintió con desesperación que le arrastraba la fuerte corriente.

Los compañeros desde la orilla gritaban sin que sus padres escucharan la desesperación de sus hijos.

Pasaba por allí el feo Zurumbé y se tiró al agua, logrando rescatar al pequeño que ya inconsciente se hallaba atorado en las ramas de un árbol que era arrastrado por el río. Pudo llevarlo hasta la orilla y le apretó la pancita para sacarle el agua que había absorbido. Luego lo tomó en sus brazos y lo llevó con sus papás diciendo a éstos: “deben tener más cuidado con sus hijos, no les permitan ir al río solos mientras no sepan nadar, una persona mayor debe acompañarlos”.

Los papás comprendieron que Zurumbé tenía razón, que sus palabras eran sabias, y desde esa fecha todos cuidaron mucho a sus hijos y se hicieron grandes amigos del pigmeo Zurumbé quien, debido a su gran sabiduría, nobleza de alma y gran valor, fue respetado por todos y nombrado Primer Ministro en el reinado de Molambé.

LOS PATINES DE CUPERTINO

Al terminar sus tareas escolares, Cupertino caminaba todos los días las tres cuadras que distaban de su casa, en el barrio “La Pólvara”, para llegar al recién inaugurado parque infantil que fue construido, para distracción de la chiquillería, con numerosos juegos mecánicos donde pasaban momentos de gran regocijo y las familias se reunían para estar en contacto con la naturaleza.

Era un niño sano y alegre. Sus ropas pobres y llenas de remiendos no eran motivo para que otros niños de clase acomodada le impidieran tomar parte en sus juegos.

El no tenía papá. Contaba con un año de edad cuando éste se fue al viaje sin retorno, “al lado de Diosito” —como decía su mamá— y no llegó a conocerlo. Su mamá era dueña de un pequeño tendajón en donde apenas sacaba para irla pasando en compañía de su único hijo.

Un atardecer de octubre, cuando el otoño estaba presente y los árboles soltaban al aire sus hojas amarillas, Cupertino llegó al parque “La Pólvara”, donde encontró a los niños que antes jugaban con él en los columpios y resbaladillas, ahora se deslizaban calzando brillantes patines blancos con ruedas negras. Él deseó con toda el alma ¡tener unos patines iguales!

Desde ese atardecer, el niño iba al parque sólo para ver cómo se divertían sus amigos. Entonces pensó: “desde hoy seré más aplicado en la escuela, ayudaré a mi mamá en los quehaceres de la casa y la tienda, y para el día seis de enero, día de los Reyes Magos, les escribiré una carta pidiéndoles unos patines como

esos; creo que no les costará mucho, como son magos, con unos cuantos pases mágicos que hagan, aparecerán los patines y ya. . .”

Desde esa fecha se afanaba con las tareas escolares y, ayudando a su mamá en todo lo que se le ofrecía, fueron corriendo los días. Finalizó el mes de octubre, siguió noviembre con sus frías noches y fuertes lluvias, hasta que por fin llegó diciembre. Cupertino contaba los días y por las noches ponía una rayita en el calendario marcando con tinta roja los días transcurridos. Se acercaba la fecha tan deseada. Al transcurrir el mes de diciembre estrenó calendario; siempre por las noches ponía la marquita roja. . . cuando le tocó marcar el día tres de enero pensó: “hoy escribiré la carta para Melchor, Gaspar y Baltazar”. Así lo hizo, redactó una pequeña cartita. No les pedía mucho, sólo un par de patines iguales a los que tenían los niños en el parque.

El día cinco de enero, víspera de la llegada de los Reyes Magos, Cupertino tenía la carta que con tanto amor acariciaba entre sus manos. La depositó dentro de sus viejos zapatos con la seguridad de que su deseo se cumpliría en pocas horas. El nerviosismo no le dejaba conciliar el sueño, pero al fin lo logró.

Al despertar la mañana del día seis de enero, lo primero que hizo fue mirar bajo su catre, encontrando allí los más hermosos patines que había visto en su vida. Eran blancos con vivos azules y lustrosas ruedas; corrió a mostrárselos a su mamá y derrochando alegría se los puso deslizándose por la pequeña sala de su casa.

Su mamá le dijo: “¡Cupertino, no rayes el piso con los patines!”

Éste se salió a la calle y su mamá le volvió a gritar: “¡Cupertino, en la calle no debes jugar nunca, es peligroso, los vehículos que pasan te pueden atropellar!”

El niño estaba furioso, tenía los tan anhelados patines y no podía usarlos, hasta la tarde cuando fuera al

parque infantil. Miraba con desesperación la lentitud del paso de las horas, hasta que por fin pudo salir a jugar.

Cuando llegó al parque, con gran deleite empezó a calzar sus bellos patines. El pensaba: “me deslizaré como he visto a otros niños que lo hacen”. Ya terminaba de amarrar los cordones, cuando llegó junto a él un niño pelirrojo cuya carita demostraba un desencanto profundo. Se sentó a su lado y le dijo:

“¡Qué hermosos son tus patines!, ¿te los trajeron los Reyes Magos?”

“Sí —contestó Cupertino—, son bonitos ¿verdad?”

“Sí, son hermosos; yo también les pedí a los Reyes Magos unos iguales a los tuyos, pero a mí sólo me trajeron este diminuto carro de plástico”. Cupertino vio que a los ojitos tristes del niño asomaban las lágrimas que con gran esfuerzo trataba de contener.

Cupertino desató sus patines, se los quitó y le dijo: “desde hoy yo te daré prestados los míos, puedes usarlos ahora mismo”.

El chiquitín se puso los patines y empezó a deslizar-se, Cupertino veía sus flamígeros cabellos flotando al aire y su carita, antes triste, ahora reía llena de contento.

LA LEYENDA DEL TANAY

En el agua clara del río flotaba suavemente el cayuco que se balanceaba formando pequeñas ondas, las que al dispersarse hacían que los rayos del sol tomaran formas indefinidas.

El aleteo de un pájaro hizo que la afligida madre se apretara el pecho con el rebozo y fijara la mirada en su acompañante que, en forma rítmica, movía los brazos y puños para que el canaleta entrara en el agua para hacer avanzar el cayuco. Algo chasqueó, tal vez un pez, un lagarto o una culebra, incidente que tuvo ella y que hizo temblar sus manos que apretaban el diminuto zapatito encontrado en el embarcadero.

“No falta mucho —dijo Fabián—, pronto llegaremos y encontraremos a nuestro hijo.”

La desesperación ponía lívido el rostro casi infantil de Medarda que, con un nudo en la garganta, recordó los momentos vividos desde mediodía al no encontrar a su hijo en la hamaca donde lo dejó después de bañarlo.

Ella había bajado al río para lavar el maíz, sacudiendo el canasto para quitar la cal y así dejar los granos blancos, limpios para ser molidos y preparar el pozol. Sus pensamientos volaron hasta el campo donde su marido trabajaba rozando el terreno para la siembra del maíz.

Medarda pensaba: “deseo con toda el alma que mi hijo crezca lejos de las creencias tontas que tienen los familiares de Fabián; decir que debo pedir permiso para acostar al niño en la hamaca porque ‘ésta tiene dueño’, ¡tonterías! nunca aceptaré esas ridiculeces”.

Al quedar limpio el maíz, levantó el canasto y lo puso

en su cuadril. De regreso a la casa entonaba una canción. Dejó el canasto en la cocina y fue a buscar a su bebé, pero al llegar junto a la hamaca, ésta se movía fuertemente sin el niño. Medarda se angustió grandemente al no encontrar a su hijo donde lo había dejado. Salió corriendo a casa de sus suegros y preguntó: “doña Mary, ¿usted se trajo a Pedrito?”

“No —dijo ésta— ¿dónde lo dejaste?”

“En la hamaca, doña Mary, allí lo dejé después de bañarlo; quedó dormidito y fui al río para lavar el maíz para el pozol.”

Medarda sentía que un enorme nudo apretaba su garganta, quiso gritar y no pudo, sólo las lágrimas salían de sus ojos enrojecidos.

Salió corriendo hasta llegar al lugar adonde su esposo trabajaba la tierra para sembrar la milpa, “¡nuestro hijo Fabián, nuestro hijo ha desaparecido!” gritaba la infeliz mujer. Su marido al verla la cobijó entre sus fuertes brazos tratando de calmarla.

Regresaron a la casa, ella corría seguida de su marido que ya era partícipe de la angustia de su mujer.

Al llegar, pasaron de largo hasta la casa de los papás de Fabián que al verlos les mostraron un pequeño zapatito de estambre que habían encontrado en el embarcadero.

“¡Es de mi hijo!, ¡es de mi hijo! —gritaba Medarda—, ¿dónde lo encontraron? . . .”

El padre de Fabián les aconsejó: “Tienes que ir inmediatamente a buscar flores de tanay y con ellas hacer un violín que pondrás en el mismo lugar adonde fue encontrado el zapatito. Sólo así les devolverá el pequeño duende a nuestro Pedrito; estoy seguro que el ‘dueño de la hamaca’ se llevó a mi nieto.”

Fabián no tardó en regresar con el morral lleno de flores de tanay y confeccionó un pequeño violín que puso en el embarcadero, a cambio de la prenda encontrada.

“Vamos —dijo a su esposa—, si el zapatito estaba en el embarcadero, estoy seguro que a nuestro hijo lo encontraremos al otro lado del río.”

Medarda, sentada en el cayuco, reaccionó y dijo: “¡no lo puedo creer, no lo creo!, estoy segura que manos criminales se llevaron a nuestro hijo; ese cuento de que se lo llevó el ‘dueño de la hamaca’ me parece infantil. ¿Cómo voy a creer que la hamaca tiene dueño?”

“Dice mi abuela que un duende con gran sombrero viejo y de pequeña estatura es el ‘dueño de la hamaca’ —respondió Fabián y agregó—: ¿recuerdas cuando nació Pedrito?, . . . todos nuestros mayores te decían: Medarda debes de poner un violín de flores de tanay al niño cuando lo pongas en la hamaca. Así, si es que se presenta el duende infantil, se entretiene con el violín y se olvida de enredar el cabello de la criatura o llevárselo al monte como ahora hizo.”

“¿Pero dónde iba a encontrar flores de tanay todos los días? . . .”

“Bueno, le hubieras puesto una mazorca de maíz blanco, como te decía la tía Manuela. . .”

“Sí, pero tu sabes, yo vengo de una familia que ha ido a la escuela Secundaria; en mi pueblo esas creencias se han desechado y no puedo aceptarlas poniendo atención a los relatos que dicen tus abuelos. Esas cosas del duende y el violín me parecen algo infantil.”

“No lo crees ¿verdad? —dijo Fabián—, pero lo cierto es que aquí vamos al otro lado del río, buscando a nuestro pequeño.”

Con un empujón que dio al canaleta, Fabián hizo varar el cayuco, saltó a tierra y extendió la mano para ayudar a su esposa que rápidamente bajó, y empezaron a caminar. Las horas habían pasado, el camino casi no se veía por los enormes árboles que mandaban las primeras sombras de la tarde. Los pájaros nocturnos cantaban desde lo más intrincado de la selva, dando

al ambiente un tono aterrador.

Medarda llorando se apretaba con el rebozo; sus sandalias rompían la hojarasca que al ser aplastada le parecían oír sonidos estridentes. Después de mucho caminar vieron que algo flotaba en una rama, sus afligidos corazones palpitaban fuertemente: Allí estaba el pañal que Pedrito tenía puesto por la mañana.

Ella se abalanzó sobre la prenda y la estrechó con desesperación gritando. . . “¿donde está mi hijo, infernal criatura; si tú lo tienes devuélvemelo!”

Fabián formó el violín con las flores que traía en el morral. Allí lo dejó a cambio de la segunda prenda encontrada. Siguieron buscando, ya muy entrada la noche, y a la luz de la luna que alumbraba, vieron en el tronco grueso de un árbol y completamente desnudo a su pequeño hijo. Fabián hizo una seña a su mujer para que no lo tocara, sacó el tercer violín que ya tenía preparado y lo dejó en el mismo lugar adonde estaba su hijo; luego levantó a éste y lo depositó en los brazos de su esposa diciéndole: “todo lo que te digan nuestros mayores debes creerlo, ellos han vivido mucho y han visto cosas que a nosotros nos parecen increíbles, pero son ciertas”.

Las lágrimas de la joven madre caían sobre su hijo, al que apretaba llena de felicidad. Envuelto en el rebozo, el niño se prendió al seno materno tomando la leche caliente, donde repuso el tiempo que pasó sin alimento.

Al cruzar el río, de regreso a casa, Medarda dijo: “Te prometo Fabián, que desde hoy pondré especial atención a los relatos de tus abuelos; ya veo que los ancianos tienen razón, nunca se equivocan. . .”

Cuando se alejaban de la orilla, el viento traía extrañas notas musicales, emitidas tal vez por el violín de tanay que pulsaba “el dueño de la hamaca”.

MILAGRO NAVIDEÑO: POR ACCIDENTE

La lluvia era inclemente, el viento se volvía insoportable, el frío calaba hasta los huesos. Pocos eran los habitantes de Frontera, Tabasco que se atrevían a salir de sus casas.

Hortensia, desesperada, llegó al muelle en compañía de sus tres pequeños hijos que, con los brazos cruzados, trataban de protegerse del frío, ya que sus ropas raídas por el tiempo y el uso, poco les cubrían.

Ella, una joven cuyas facciones de inusitada belleza indígena, denotaba en su rostro la angustia que la invadía, por la ausencia prolongada de su marido, al que imaginaba ahogado en las embravecidas aguas del mar.

Ese día, veinticuatro de diciembre, acudió al muelle como en otras ocasiones a esperar el arribo de la frágil barca trayendo a su esposo de regreso a casa. Pero las horas corrían y la incertidumbre era mayor. Desde el fondo del pecho de la infeliz mujer escapaban estremecedores suspiros, por cuya causa los niños, presintiendo algo terrible, soltaron el llanto sin consuelo.

José, al salir de casa el día anterior, le prometió regresar temprano para acompañar a escoger los regalos que el “Niño Dios traería para sus hijos”.

El mal tiempo y el norte fueron anunciados, pero José dijo: “debo sacar muchos peces, que puedo vender a buen precio, porque ahora más que nunca necesitamos dinero. Mis hijos no deben pasar una navidad sin tener algo nuevo que ponerse y un juguete para divertirse”.

Pero pasaron las horas, casi treinta y seis, y la angustia de Hortensia aumentaba. . . en un arranque de fe dijo: “hijitos, hoy a las once treinta de la noche,

en todo el mundo, es recordada la Natividad del Niño Jesús, hinquémonos y con todo fervor roguemos porque Él nos traiga de regreso, sano y salvo, a papá”.

Los chicos siguieron el consejo de la madre, se hincaron recibiendo en sus cuerpecitos la fría llovizna que a cada momento era más fuerte. Siguiendo la voz de mamá dijeron: “Dios mío, tú que eres todo bondad, no puedes permitir que en la fecha en que nace tu Divino Hijo, nosotros padezcamos la ausencia de nuestro padre. Ayúdalo Señor, para que pronto regrese con bien a nuestro lado.”

Mientras tanto, José, perdido en altamar, luchaba por mantener a flote su barquilla, lo que a cada momento le era más difícil, ya que la furia del mar se volvía incontenible. El hambre, la sed y el cansancio parecían que iban a terminar con su voluntad; pero el deseo de vivir, siendo éste un hombre valeroso y con ánimos de volver a ver a su familia, siguió luchando con denuedo. Cuando ya perdía toda esperanza, vio que a lo lejos, entre la bruma, asomaba una luz. Esa luz provenía de un guardacostas que se enfilaba buscando abrigo en puerto seguro. El vigía alcanzó a distinguir la pequeña embarcación y dio la voz de alarma, por lo que el capitán ordenó bajar la potencia de las máquinas, hasta llegar al frágil barquito y subir a José a bordo. Éste les explicó la situación en que se encontraba. El capitán dispuso que por medio de cables se remolcara a la nave casi náufraga hasta el puerto de Frontera.

Al descender del guardacostas y ver a su familia en el muelle esperándole, corrió emocionado, abrazando a cada uno de ellos, con lágrimas en los ojos, lleno de felicidad.

Caminaron hacia su casa; una antiquísima construcción de gruesos tabiques, quizá de la época de la colonia, ya casi vencida por el tiempo, herencia recibida

de sus antepasados y de la cual José se sentía orgulloso a pesar del lamentable aspecto en que se hallaba.

Traspusieron el umbral, y al llegar a la espaciosa sala, pobremente amueblada, los niños dijeron: “papá, aún es temprano, ¿podemos ir a escoger nuestros regalos que nos traerá el ‘Niño Dios’?” “Papá —dijo otro de los niños—, cuando íbamos al muelle con mamá, pasamos por la tienda de don Simón, allí vimos en los aparadores que ofrecen a la venta equipos de beisbol, compuestos de bat, careta, guantes y pelota. Es lo que siempre he deseado para formar una novena con mis hermanos y amigos. ¿Nos los comparas. . .?”

El tercer niño suplicó: “si papá, anda, cómpranoslo”.

José vio sus manos, aún sangraban por el esfuerzo sostenido durante tantas horas contra el mar. . . además, sus bolsillos carecían de dinero. Desesperado se acercó a la pared y con el puño cerrado, dio un fuerte golpe de impotencia de no poder dar a sus hijos lo que le pedían.

Al impacto, se desprendió parte de la gruesa construcción, cayendo al piso escombros, tabiques y pedazos de olla de barro, que junto con gran cantidad de monedas de oro antiguas, rodaron a sus pies.

El azoro del padre fue innarrable, veía a su esposa y a sus hijos y no podía articular palabra. . .

Los niños corrieron gritando: “¡milagro!, ¡milagro!, el Niño Dios nos envía este tesoro, ahora sí, ésta será una navidad inolvidable: ¡Gracias Niños Jesús!”

Pasado el momento de asombro, José recordó que en la época de sus abuelos no existían los bancos para guardar el dinero, los que lo tenían, para mayor seguridad, lo empotraban en la pared o lo enterraban; ahora él había tenido la suerte de encontrarlo.

Abrazó a su esposa y salieron al patio de la casa; los luceros empezaban a asomar y a lo lejos vieron que la estrella de Oriente, que guió a los tres Reyes Magos hasta el pesebre donde nació el Niño Jesús, brillaba

con mayor intensidad. Recordando las palabras bíblicas, los esposos musitaron: “*Gloria a Dios en las alturas y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad.*”

EL PAYASITO DE LOS POMPONES ROJOS

Al salir de clases, los chiquillos muy contentos iban camino a sus hogares. Al pasar por el parque central, vieron que en el campo de beisbol se encontraban estacionados varios camiones que en las puertas tenían el siguiente letrero: “Gran Circo Pascualillo.”

Los chiquillos se quedaron a mirar que de los camiones varios señores bajaban lonas, tablas, cuerdas y largos tubos de hierro que amontonaron en el centro del campo.

Los curiosos mirones, casi todos niños, veían con gran alborozo que las lonas empezaban a subir, poco a poco, como si se tratara de un gigantesco globo, hasta que llegaron a la altura deseada.

Luego, todos escucharon el ruidoso aparato de sonido que inició la propaganda así: “¡hoy a las cuatro de la tarde, todos al circo, que nadie se quede en casa, el Gran Circo ‘Pascualillo’ les invita a pasar momentos de gran regocijo en compañía de sus papás. . . ¡Todo niño acompañado de una persona mayor, no pagará boleto, ‘Pascualillo’ te invita. . . recuerda amigo: trae a tu papá”.

Como estaba programado, la función dio principio a la hora indicada; todos los artistas hicieron su presentación saludando al numeroso público, compuesto en su mayoría por niños.

La primera en salir a la pista fue una preciosa chiquilla, vistiendo diminuta falda roja, con chaqueta dorada y en la cabeza un kepi adornado con una pluma que el aire al mover daba elegancia a su portadora. Ella iba montada en la cabeza de enorme elefante adornado con piedras multicolores que le caían en medio de

los dos ojos y esto le producía terribles bizcos que no le permitían caminar normalmente, sino que con gran lentitud daba unos pasos, para luego emprender pequeña carrerita que fue ovacionada por todos los asistentes a la función.

Los trapecistas, con sus mayas apretadas, dieron una vuelta a la pista y saludaron al público que les contestó con gran júbilo.

El domador, vistiendo pantalones entallados, chaqueta roja con galones dorados y botas negras, llevaba en la mano derecha un fuste y en el hombro izquierdo un pequeño leoncito que le lamía una oreja.

Ya para finalizar, desfilaron los payasos, que hicieron reír a la chiquillería, pero en la mera colita del desfile, iba muy lento un payasito. . . era tan diminuto que los niños al verle le gritaron: “¿tonto payaso, debes crecer y caminar más aprisa para que te veamos mejor!”

El payasito se volvió hacia ellos y les dijo: “¿cómo quieren verme mejor, si hoy es el día más triste de mi vida?”

Los niños al oírle se avergonzaron de lo que antes le habían dicho y se acercaron a preguntarle cuál era su problema.

El payasito les contó que ese día le fue robado su hermoso traje de pompones rojos y era el único con el que estaba encariñado.

Los niños decidieron ayudar al pobre “Apenitas”, porque así se llamaba el payasito. Salieron de la función, y cada uno se fue por los camerinos de los artistas y, mientras éstos actuaban en la pista, ellos buscaron por todo el circo hasta llegar al camión del Mago Saúl, allí encontraron bajo un sofá-cama, escondido en una caja de cartón, el hermoso traje de pompones rojos, del diminuto “Apenitas”.

El dueño del circo, al enterarse de lo ocurrido, mandó llamar al Mago y le hizo prometer no usar sus ac-

tos de magia en perjuicio de sus compañeros.

El Mago se disculpó por la broma de la cual había hecho víctima al pequeño payaso. Éste muy contento dijo a los niños: “¿Cómo podré pagarles que hayan encontrado mi traje de pompones rojos?. . .”

Uno de los niños contestó: “nos sentiremos pagados, si nos dices por qué te dicen ‘Apenitas’”.

“Claro que sí mis amigos: como ustedes pueden ver soy el más chaparrito del circo; apenas puedo subir a una silla; apenas puedo actuar, apenas puedo alcanzar la mesa, apenas puedo correr. . .”

LA FAMILIA CASTILLA

A la vera del cerro Coconá, en Teapa, Tabasco, hay una colina rodeada de frondosos árboles, cuyo verde follaje recrea la vista invitando al descanso. las flores silvestres de tonos multicolores llenan de belleza el paisaje. Allí, en un pequeño promontorio de tierra, tenía su madriguera una hermosa coneja blanca que, junto con su compañero, escapó de una granja dedicada a la cría de conejos de Castilla.

Poco después de residir en el lugar nacieron sus hijitos, recibiendo el apelativo de la familia Castilla de parte de los otros conejos nativos del lugar.

Ella veía con gran admiración el crecimiento de sus hijos y al mismo tiempo se dijo: “Cada día están más grandes, ha llegado el momento de pensar en un nombre que los distinga de los demás. Quiero para ellos algo singular, que sus nombres no sean comunes. En fin, veré: si fueran de color verde, les llamaría Esmeralda y Jade; o si fueran rojos, les pondría por nombres Rubí y Granate, pero para mí desgracia no existen los conejos verdes ni rojos. . . uuuummmm ya sé, estoy pensando ir a visitar al señor Búho, él sabe muchas cosas y estoy segura que me ayudará a resolver este difícil problema.”

Así, aprovechando el frescor de la mañana, cuando el rocío aún se detenía en las hojas de los árboles del camino, se alejó de su madriguera, dando pequeños saltitos, hasta llegar a un frondoso macuilis, que era el hogar del señor Búho. Este apenas se disponía a dormir (porque ellos son aves nocturnas). Desde abajo del árbol la señora coneja le saludó: “buenos días, señor Búho, ¿me permite una consulta?. . .”

El Búho, poniéndose los anteojos de gruesos aros que le daban personalidad de erudito, contestó con voz sumamente grave: “¡con mucho gusto señora!” Luego empezó a bajar de rama en rama hasta llegar donde la señora Coneja le esperaba. Luego le preguntó: “¿cuál es su problema, amiga mía. . .?”

“Señor, tengo dos hijos que están chicos y no les he puesto nombre; por más que intento, ninguno me gusta. . . ayúdeme.”

“¡Bien señora!. . . ¿De qué color son sus hijos?”

“Verá señor, uno es gris con la pancita blanca y el otro es blanco como la leche.”

El señor Búho limpió los anteojos y luego de ajustárselos le dijo: “muy fácil señora: uno se llamará Bola de Nieve y el otro Nube Gris!”

“¡Fabuloso, señor!, tiene muy merecida la fama de sabio; agradezco su orientación y me retiro muy complacida.”

El señor Búho se dispuso nuevamente a subir por las ramas hasta llegar a su dormitorio.

La conejita en poco tiempo regresó a su madriguera y llena de contento les dijo a sus hijos: “desde hoy te llamarás Bola de Nieve y tú, mi inquieto chiquitín, serás Nube Gris”.

Los pequeños aplaudieron llenos de felicidad, cubriendo de mimos a su progenitora, por haberles encontrado nombres tan elegantes.

Al tomar sus alimentos pidieron a su mamita les contara un cuento. . . la señora Coneja, muy inteligente, aprovechaba los momentos de solaz para aconsejar a sus hijos.

“Hoy les contaré una historia de la que espero sepan captar el mensaje: Era una mañana sin nubes en el firmamento. El Sol brillaba en todo su esplendor haciendo que los maizales crecieran y sus mazorcas de tiernos granos cubiertos con joloche se desarrollaran llenando todo el bacal, dando lugar a que el optimis-

mo invadiera el corazón de los campesinos tabasqueños.

”Las lluvias pasaron y la tierra quedó húmeda, lo que permitía que las siembras de maíz enraizaran sosteniendo los gruesos tallos.

”Por el rumbo tenía su casa Bruma, un conejo anciano, feo y reumático, que siempre se mantenía de mal humor (hasta que el Sol alumbrara los campos era motivo de coraje para él). Su deseo era que todo el ambiente estuviese nebuloso como su nombre. Pero eso no podía ser. Lleno de coraje se refugió en su madriguera, el cansancio lo venció, cayendo en profundo sueño.

”Después de muchas horas despertó, cuando el firmamento con su negro manto había cubierto los rayos del Sol. Él creyó que su innoble deseo se había cumplido. Trastabillando, pero contento, salió por fin de su cueva y se encontró con la señora Lechuza que se admiró de verle tan dicharachero y bailador, ya que el anciano y amargado Bruma bailoteaba grotescamente. Le preguntó el motivo de su alegría.

”Ja, ja, ja, ja, por fin lo que tanto he deseado se cumplió —dijo Bruma—. ¡El Sol ha desaparecido!, ¡ya no existe, y la Tierra desde hoy y para siempre permanecerá a oscuras!

”Al escucharle, la Lechuza sonrió burlesca: jí, jí, jí, jí, te has vuelto loco, el astro rey no alumbra porque es. . . media noche.”

POLITA

Por las mañanas, muy temprano, cuando el sol apenas asoma sus rayos por el Oriente, los vecinos en la colonia ven a la tía Polita sacar agua de un pozo para alimentar a las plantas de su huerta y jardín. Viajes y viajes con cubetas llenas del refrescante líquido da la viejecita hasta mojar los troncos de todos sus árboles y las enormes bateas de madera que le sirven para hacer sus almácigos, sembrar el cebollín, ajo-cebolla, toronjil, hierbabuena, perejil y otras hierbas como la albahaca que es muy solicitada entre su numerosa clientela.

Con los años se fue haciendo famosa e indispensable para los vecinos que si necesitaban verduras para sus alimentos, o hierbas curativas, ya sabían que con ella las encontraban a cualquier hora del día o de la noche.

Doña Apolonia, o “tía Polita” como le llamaban de cariño, era bondadosa con todos. Si alguien requería de sus cuidados, porque estuviese enfermo, ella iba a pasar la noche al lado del necesitado.

En su juventud fue muy feliz. Su matrimonio duró hasta que el Supremo Hacedor tuvo a bien llevarse al compañero de su vida. De este matrimonio nació una hija que hoy, felizmente casada, rogaba a su madre, en múltiples ocasiones, vendiera todo y se fuera a vivir con ella. Esta hija le dio por nietas un par de lindas gemelas: Ana Rosa y Ana Laura (Anilú). Para Polita eran sus amores y la mantenían siempre entusiasta.

El trabajo no era pesado para la ancianita —lo tenía como distracción—. Siempre se mantenía ocupada y llena de contento. Las labores dentro del hogar

eran: preparar el amasijo de harina, hojaldrarlo para hacer exquisitos pasteles de queso y azúcar que a las diez de la mañana introducía en el rústico horno de ladrillos, instalado en el pequeño corredor de su casita.

Media hora después, todos los vecinos sentían el ambiente saturado con el aroma a pan recién salido del horno. . .

Antes de las dos de la tarde, iba la tía a la “Siempreviva”, comercio de doña Camila Cortázar, a entregar las deliciosas golosinas.

Una tarde, después de llevar sus pasteles a la tienda, de regreso a su casa, muy triste y descontenta (por más que contaba y volvía a contar el dinero siempre quedaba inconforme) la desesperación le hizo hablar en voz alta (como era su costumbre cuando algo le preocupaba): “Ya lo ves Apolonia, si de chica te hubiera gustado ir a la escuela ‘otro gallo te cantara’, y hoy no ibas a tener este problema. Por más que tus papás pagaron buenos maestros nunca quisiste estudiar; decías que las matemáticas de nada te iban a servir en la vida; ahora te das cuenta que no es así. Estarías jubilada, con un sueldo seguro, como tantas que fueron tus compañeras en el primer año de primaria. —Luego de dar un fuerte suspiro la viejecita siguió hablando—. Ni modo, quisiste ser burra y lo seguirás siendo mientras vivas, pues a estas alturas ya no tienes remedio.”

Al llegar a su casa era esperada por sus nietas, que por las tardes, después de sus clases de danza en el colegio, pasaban a saludarla y a tomar la refrescante y espumosa bebida de leche con avena, cacao y azúcar, que les ofrecía.

Las niñas se dieron cuenta que algo preocupaba a la ancianita y preguntaron: “¿qué tienes abue, te vemos triste, estás enferma?”

“No mis niñas —contestó la anciana titubeando—, lo que pasa es que esta tarde entregué sesenta pasteles

y la cuenta que me hicieron no me dejó conforme, por más que me rompo la cabeza no entiendo.”

“Veamos, ¿cuántos pasteles entregaste?” —preguntó Anilú.

“Sesenta, a nueve pesos cada uno; me pagaron quinientos cuarenta pesos”, —volvió a contestar la abuelita”.

“Sí Abue —dijo Ana Rosa—, la cuenta está bien; sólo tienes que multiplicar sesenta por nueve y te da por resultado la misma cantidad que te pagaron.”

“He ahí el problema —dijo Polita—, que yo no sé multiplicar, nunca me ha gustado, ni me gustó aprender las tablas de los números cuando era chica.”

“Abuelita, —dijo Anilú— ¿por qué no aprendes las tablas de multiplicar? Así no tendrás qué pasar más por la duda que tuviste hoy.”

“¡Ay hijitas, ya estoy vieja para aprender los números!”

“¡No abue, no! Siempre dices que para las cosas buenas no hay edad, que todos tienen derecho a ser mejores durante toda su existencia —dijo otra de las chiquillas.”

“¿Qué dices abuelita?, ¿empiezas hoy a leer las tablas de multiplicar? —preguntó la otra nena.”

Polita no quería, pero viendo el entusiasmo de sus nietas respondió: “¡sí mis niñas, acepto!, sólo porque ustedes me lo piden”.

Las gemelas aplaudieron echando vivas a la abuelita. Esa misma tarde le dejaron como tarea las tablas de multiplicar, diciéndole que le ponían como plazo un mes para que con calma las retuviera en su memoria.

Desde esa fecha los vecinos veían a la tía, al terminar sus tareas, sentarse al frente de su casa y estudiar. Pasaron los primeros días de la semana. Una mañana mientras regaba su jardín Polita se dijo: “¡Cómo han crecido mis matas de girasol!, ya empiezan a brotar los botones; espero que cuando las flores revienten al

sol, ya pueda entregar las tablas de multiplicar que me dejaron de tarea mis niñas, pues aunque vienen a diario, ellas no saben que ya casi las aprendo todas.”

Así todos los días: alimentar las plantas de su huerta y jardín; cortar las verduras para la venta y hacer los pasteles y, por último, estudiar; el tiempo pasó. Un sábado por la mañana, ¡oh prodigio de la naturaleza!, los arbustos de girasoles estaban cubiertos de flores amarillas del tamaño de un disco, todas ellas inclinadas hacia el Oriente.

Esa vez, las niñas no tenían clases y fueron a pasar el día con su abuelita. Quedaron extasiadas, ya que el frente de la casa era cubierto por gran cantidad de girasoles. Saludaron a su abuelita y opinaron que desde ese día a la casa había que llamarla por un nombre: “La casa de los Girasoles.”

La anciana rió por la ocurrencia de las niñas, pero aceptó de buen grado.

Al mediodía las chiquillas vieron que las flores estaban muy rectecitas, mirando al cielo; por la tarde habían cambiado de posición, se inclinaban hacia el poniente. Ya no soportaron la curiosidad y le preguntaron a la abuelita el fenómeno que las tenía muy intrigadas.

Doña Apolonia, con mucho cariño, les dijo: “esas flores giran con el Sol, por eso se llaman así: girasoles. En la mañana están inclinadas hacia el Oriente, al mediodía rectecitas y por la tarde ven al Poniente. Esto, mis amores, lo he aprendido de la vida, a base de cultivarlas me he dado cuenta cómo se desarrollan. . . los años me han enseñado muchas cosas, entre ellas a orientarme. Supongamos que alguna vez estuviera en un desierto sin encontrar el camino, me podría orientar”.

“A ver, abuelita, cuéntanos, ¿cómo lo harías?” —dijo Anilú.

“Muy fácil —contestó Polita—. Si te paras con los brazos abierto, el derecho hacia el oriente y el izquier-

do al poniente; al frente te queda el norte y a la espalda el sur, ¿no sabían eso?”

“No, eso es muy interesante —dijo Ana Rosa—, no lo olvidaremos nunca.”

“Pero ahora nos toca a nosotras. Tú serás la alumna y mi hermana y yo las maestras. ¿Ya sabes las tablas de multiplicar?, recuerda que hoy vence el plazo que te pusimos.”

“¡Claro, mis niñas! pregunten. . .” —dijo Polita.

“Siete por nueve —preguntó Anilú.

“Sesenta y tres” —contestó Polita.

“Ocho por siete” —preguntó Ana Rosa.

“Cincuenta y seis” —dijo Polita—. . . después de un rato de tomar las tablas, una de las niñas dijo: “Ya lo ves abue, qué fáciles son, ahora ya no tendrás dudas cuando entregues tus pasteles en la tienda. Antes de ir, tomas un papel y un lápiz, haces la cuenta y al llegar a la tienda ya sabes la cantidad de dinero que deben pagarte.”

Doña Apolonia abrazó a las gemelas, agradeciéndoles que por ellas había aprendido algo tan necesario en la vida como son las tablas de multiplicar.

AMARILLO BRILLANTE

Muy de mañana, cuando el sol empezaba a asomar sus dorados rayos por el oriente, la pequeña Lucero caminaba por el bosque en compañía de sus papás. Ellos se dedicaban a cortar leña y la vendían en la tienda de don Aníbal.

La familia era muy pobre. A pesar de ello todos los días la niña agradecía a Dios por tenerla llena de salud, al igual que a sus papás.

Una mañana, mientras la pequeña dejaba oír sus alegres cantos a la sombra de un copado árbol y era escuchada por todos los habitantes del bosque, se fue acercando, de rama en rama, un pajarito de amarillo y brillante plumaje, que voló y al posarse en el hombro de la niña ambos unieron sus voces, formando un dueto fabuloso.

Al terminar de cantar, Lucero tomó entre sus manos al pequeño pájaro. Le acarició diciendo: “¡qué bonitas plumas tienes, seremos amigos, desde hoy te llamaré ‘Amarillo Brillante!’”

Al llegar la hora de acompañar a sus papás de regreso a casa, el pajarito emprendió el vuelo; luego regresó para posarse en una rama. A partir de esa fecha, siempre que la niña dejaba sentir su presencia en el bosque entonando bellas melodías, el pajarito unía su voz a la de ella, convirtiéndose en grandes artistas.

En cierta ocasión, el pajarito no vino al encuentro de su amiga, había caído en una trampa que le pusieron unos muchachos malvados, quienes, con gran maestría, hicieron una pequeña cajita con recortes de madera; en la puerta colocaron una bisagra para que quedara abierta, y dejaron adentro migajas de pan.

El pajarito al ver el alimento, se fue acercando dando pequeños saltitos, pero al entrar y alcanzar el alimento, cayó la puertecita, quedando éste prisionero.

Los muchachos con la caja-trampa se fueron al pueblo para que el prisionero fuera vendido en la tienda de don Ramón. El negocio de este señor consistía en la venta de mascotas (animalitos para la distracción de los niños ricos).

Lucerito, sin saberlo, apesarada por la ausencia de su amigo, se mantenía triste; su voz ya no era tan melodiosa como antes. La esperanza de volver a verle se fue perdiendo.

Como de costumbre, fue con sus papás al trabajo. Con la leña ya cortada emprendieron el camino al pueblo para entregarla a su cliente; pero ¡oh sorpresa!, al pasar por la tienda de mascotas, allí, alicaído y triste, se veía un pajarito amarillo que no tenía la brillantez de su plumaje. La niña al verlo, lo reconoció, y éste dejó oír un triste canto.

La pequeña quiso liberar a su amigo de la jaula donde lo tenía prisionero. ¿Cómo lo podría efectuar? . . .

Valiente y decidida le preguntó al tendero el precio del pajarito. Don Ramón le contestó que su precio era de doscientos pesos. El problema fue ¿cómo adquirirlo? . . . si ella no era poseedora de ningún dinero. Su desesperación era grande, miraba y le daba vueltas a la jaula, las lágrimas asomaron a sus ojos escurriendo por sus pálidas mejillas. Pero en un momento de decisión, se acercó a don Ramón y le dijo: “señor, yo soy muy pobre, no tengo dinero, pero este pajarito y yo somos amigos; sea usted bueno, dímelo fiado y yo traeré leña para vender, y el dinero que me paguen se lo daré a usted hasta completar lo que pide por él. . . ¡án-dele, no sea malito!”

Don Ramón vio la angustia de la niña y el ansia por adquirir al pequeño cantor. Recordó que cuando él era niño también deseó muchas cosas que por su pobreza

no pudo tener. . . así que le dijo: “¡mira niña, mi negocio es vender al contado mis mascotas, pero tú me lo pides en una forma que no te lo puedo negar!, ¡te lo daré fiado y espero no arrepentirme!”

Le entregó la jaula. Lucero la recibió con gran amor entre sus brazos, y se fue a alcanzar a sus papás que ya iban de regreso a casa.

Al pasar por el bosque quitó la puertecita de la prisión de “Amarillo Brillante”; éste alzó el vuelo, movió sus alas y se paró en una ramita, desde allí la niña pudo oír sus dulces trinos.

EL MONSTRUO DE CANTEMÓ

Nadie se explicaba lo que sucedía en Cantemó, pequeña aldea indígena cuyos habitantes se dedicaban al cultivo de la tierra. Ellos se enorgullecían de su antiguo linaje emparentado con caciques de las tribu chontales.

En Cantemó, los vecinos eran alegres y dicharacheros entre sí, pero muy celosos de que las jóvenes aceptaran la amistad de muchachos de otras tribus.

La aldea estaba compuesta de endebles champas, construidas con palma de guano en el techo y jahuacte amarrado con bejucos de “agua” como seto que al secarse dejaban grandes ranuras, por donde se podía ver todo lo que sucedía afuera.

Al terminar la temporada de lluvias, el arroyo llamado “El Boquerón”, que pasaba cerca de la aldea, se secó. Tanto que, sólo quedó una pequeña corriente en su cauce, por lo que se pudo apreciar enorme caverna que nadie se preocupó por investigar qué había adentro.

Poco después los habitantes de Cantemó empezaron a sufrir. Por las noches se sentían fuertes temblores y al siguiente día los perros guardianes fieles, que por las noches habían quedado a la puerta de las champas, ya no estaban. Por más que sus dueños los salieran a buscar no daban con ellos; todos se preguntaban “¿adónde irán a parar nuestros perros?”

Una noche los hombres del campo, al terminar sus alimentos en compañía de sus hijos y esposa, se tendieron en hamacas o petates a descansar; pasadas las horas empezó a sentirse fuerte temblor de tierra: todo se movía, cayendo al suelo las jicaras y los utensilios de barro que componían los trastos de cocina, los cuales

quedaron hechos pedazos. Los pocos perros que aún quedaban en la aldea, desde muy temprano ladraban con fuertes aullidos, como si presintieran un gran peligro.

Los habitantes de Cantemó vieron, a través de las rendijas, que por las polvosas calles se acercaba en forma ondulante un descomunal monstruo, tan grande, tan grande, que su cabeza llegaba hasta la aldea y su cola no se alcanzaba a ver. . . su figura aterradora; el cuerpo lleno de arrugas; le escurría baba nauseabunda por sus bellos pavorosos; sus enormes ojos lanzaban destellos amenazantes y dejaba escuchar bufidos tan terribles, que erizaban los cabellos.

A Huinic le tocó también ver esta horripilante figura, quedando paralizado por el terror. Él era la máxima autoridad en la aldea. Todos lo consideraban el “jefe”, “cacique” y hasta “confesor”, ya que no aceptaban religión, más que la adoración a sus dioses que le habían legado sus antepasados.

En su juventud había tenido la suerte de conocer a Nicté Ha, bella hija de gran jefe del antiguo Mayapán; fue correspondido por ella, con la que formó una unión, en donde el amor y el respeto entre ambos fueron firmes. Esta felicidad aumentó cuando llegaron sus hijos: Nicté Ixchel, Hunahpú e Ixbalanqué. Al crecer su amada hija se convirtió en una gran belleza y sus hijos en valientes y atrevidos cazadores, que eran el orgullo de su padre.

Nicté Ixchel era amada por todos en la aldea, ya que su bondad era infinita; si alguien sufría, ella estaba siempre a su lado para consolarle, brindando ayuda al necesitado.

Una noche, cuando la oscuridad cubría la aldea, se empezaron a sentir los movimientos telúricos, el tapanco del maíz tronaba, el yagual de las tortillas giraba cayendo éstas al suelo y las mamás atrancaban las puertas de sus champas y abrazaban a sus hijos llenos de

terror. El movimiento de la tierra continuaba y todos conocían ahora el motivo. . . ¡el monstruo se acercaba!

La preocupación de Huinic era grande: sus hijos, al verlo tan apesorado, se ofrecieron para salir a matar el monstruo. El padre se resistía a exponer la vida de sus hijos; pero sabiendo lo valientes que eran, aceptó.

Un atardecer, cuando el sol empezaba a ocultarse, los vecinos de Cantemó despidieron a los valientes muchachos. Entró la noche, las horas pasaban. Huinic, su esposa e hija vivían horas de terrible aflicción, lo mismo que toda la aldea. Siguieron pasando las horas de la noche unidas, formando eslabones de interminable cadena, hasta que amaneció. . . y los muchachos no regresaron jamás: el monstruo les había ganado la partida.

El jefe Huinic sufría la pérdida de sus hijos, estaba inconsolable, además todo era pobreza, en lo que antes eran fértiles tierras hoy los sembradíos estaban enmontados y las milpas llenas de zacate. Nadie quería salir a cultivar la tierra, el miedo encogía los corazones de los que hasta hacía poco tiempo eran considerados como valientes y trabajadores.

Tres noches después se volvieron a sentir los temblores. A Huinic, en un momento de desesperación, le vino una idea que puso en práctica en cuanto amaneció. Envío pregoneros a las aldeas vecinas, llamadas Nopimbac y Notsipac, diciendo lo siguiente:

“El valiente que se atreva a matar al monstruo que ha asolado la aldea de Cantemó, le será concedida en matrimonio, la mano de Nicté Ixchel.”

Los jóvenes se presentaron uno, otro y otro más. . . pero a cada amanecer no quedaban ni las señas de los que la noche anterior, habían asegurado en forma optimista acabar con la terrible pesadilla.

Ya eran pocos los solicitantes, hasta que llegó el día que no se presentó nadie a la casa del jefe Huinic. Cierta mañana, al salir de su habitación, oyó voces en la

calle; fue y se encontró a un sirviente que discutía con un fornido joven, al que negaba el paso para que no hablara con él. Preguntó Huinic el motivo de la discusión, y su segundo le contestó: “jefe, ¿no cree que ya son demasiado los jóvenes que han muerto? . . . éste será uno más”.

Ante Huinic, se presentó un fornido joven de varonil belleza y rasgos distinguidos: “mi nombre es Kai-bil Balam, vengo de la aldea de Izankanak, perteneciente al poblado de Mut-kopiak; he sabido de las virtudes y gran belleza de Nicté Ixchel, su hija; aún sin conocerla me he prendado de ella y, ahora que sabemos de la terrible pesadilla por la que pasa esta aldea, me he decidido a venir a ofrecerme a matar al monstruo”.

Este valiente guerrero sólo traía en sus manos un sacbacán con alimentos y al hombro un carcaj repleto de puntiagudas flechas.

Huinic agradeció al joven su oferta; luego ordenó a sus hombres de confianza lo llevaran a la caverna. Al dar la orden, no se fijó que por allí rondaba Pa kum, el idiota y flojo del pueblo, que desde hacía mucho tiempo se había enamorado de la belleza de Nicté Ixchel. A Pa kum todos en el pueblo lo aborrecían por su presencia desagradable: desgarrado, de hombros caídos, espalda encorvada y aire distraído y bobo. Sobre todo, su enorme maxilar inferior que le impedía cerrar la boca, dejando que la baba le escurriera por las comisuras. Sus ojos eran saltones y una nube le cubría casi todo el izquierdo, que a veces cerraba con un tic nervioso. Este engendro del demonio había decidido estar pendiente: si alguien mataba al monstruo, él mataría al valiente que lo hiciera.

Al llegar a la caverna, muy temprano, vio un enorme reptil ya muerto, tan grande, que su cuerpo tapaba la entrada de la caverna y su gigantesca cabeza descansaba en el lecho del arroyo. Su sorpresa fue

mayúscula al ver que de la cabeza principal salían seis más. . . Tomó su hacha de piedra y, sin importarle quién había matado al animal, le dió de hachazos en el cuello, hasta separar la cabeza del cuerpo, arrastrándola, y a cada paso que daba, las cabezas se bamboleaban en forma grotesca. Así llegó hasta la casa del jefe Huinic y le dijo: “después de muchas noches de desvelo, por fin he acabado con la maldición que había caído sobre nuestra aldea”.

Los habitantes de Cantemó estaban sorprendidos, todo podían imaginarse menos ver casada a Nicté Ixchel con tan espantoso mortal. Pero Huinic tenía empeñada su palabra y no podía hacer otra cosa que empezar los preparativos para las nupcias de Nicté Ixchel con el idiota y flojo Pa Kum.

Los momentos para la boda se acercaban y nadie recordaba al joven que habían llevado a la caverna. . . hasta que un sirviente dijo: “jefe, ¿qué pasó con aquel valiente que vino de Izankanak? . . . desde que Pa kum trajo la monstruosa cabeza nadie se ha acordado de irlo a sacar”.

Fue ordenada una comisión y al llegar a la caverna encontraron al valiente Kaibil Balam que les platicó la forma cómo había dado muerte al monstruo: le disparó directamente a los ojos flechas envenenadas que trajo de su aldea. Al caer fulminada la infernal criatura, pudo cortarle las siete lenguas que mostró al abrir el paño de su itacate que guardaba en el sabucán.

El problema fue que en los estertores de la muerte, el monstruo con su descomunal cuerpo, tapó la salida de la caverna, quedando involuntariamente encerrado.

Los preparativos para la boda continuaron. Toda la aldea fue invitada a las nupcias de Nicté Ixchel con el valiente Kaibil Balam, y al flojo Pa kum le dieron cien azotes por mentiroso y lo echaron de la aldea para siempre.

VOCABULARIO

Nota: datos tomados del *Popol Vuh*:

Huinic	Divinidad del maíz
Nicté Ha	Flor de Agua
Nicté Ixchel	Flor de Luna
Hunahpú	Cazador con cerbatana, también considerado Dios del Amanecer
Ixbalanqué	Dios de la siembra, que en compañía de Hunahpú castigaban a los malvados y humillaban a los soberbios
Kaibil Balam	Tigre vencedor

En zoque significa:

Mut-kopiak	Lugar o cabeza principal
Notsipac	Arroyo de los armadillos
Nopimbac	Arroyo de sangre
Pa kum	Desecho del infierno (según Sylvannus Morley, escritor, historiador y hombre de ciencia).

RANIOLA

Era hermosa, de color verde esmeralda, pero muy desobediente. . . cuando llegó el invierno cargado de nubes que soltaron fuertes aguaceros, tantos que el río que pasaba cerca se desbordó, el agua cubría los campos y los habitantes del lugar se fueron a sitios seguros.

Los días pasaron, la lluvia continuaba y los papás aconsejaban a sus hijos no salir para evitar un accidente.

Raniola, sin poder salir, se aburría; no obedeció y se fue a brincar por los árboles caídos hasta llegar al inmenso río. Su deseo era cruzarlo para conocer otros paisajes. ¿Pero cómo hacerlo? El río era demasiado ancho y sus fuerzas no eran tantas como para nadar hasta el otro lado. Se encontraba muy pensativa, parada en un tronco, cuando vio pasar una rama que era arrastrada por la corriente a gran velocidad. Brincó a ella y empujándose con sus largas patitas intentó desviarla hacia la orilla opuesta, pero en vez de cruzar como ella quería, la corriente la llevó río abajo. Raniola tuvo miedo y empezó a gritar: “Crooooac. . . Croooooaac. . . Croac, ¡auxilio, auxilio, alguien que me salve!”

Por allí se encontraba el señor Sapo que le dijo: “¡todos los papás ordenaron a sus hijos no salir!, ¿qué haces tú desafiando el peligro?, ¿debería dejar que la corriente te lleve, es lo que mereces por no obedecer a tus padres!, ¡mira nada más, salir con este tiempo!, pero te salvaré”. Jaló la rama en que iba Raniola y ésta pudo alcanzar la orilla. “¡Vete rana desobediente y no salgas de tu casa, hasta que tu mamá te lo permita!” —dijo el señor Sapo.

La ranita le dio las gracias y muy apenada se alejó rumbo a casa. Se sentía mortificada porque a ella nunca le habían regañado en forma tan brusca. En casa era la consentida de sus papás por lo que deseó, con toda su alma de batracio, retornar para cobijarse en los largos brazos de mamá.

Empezó a brincar de regreso a casa cuando de pronto, dos mapaches, la tomaron por las patitas y luego cortaron una rama, le quitaron las hojas y amarraron a Raniola de las extremidades. ¡Pobre ranita!, los forajidos se echaron al hombro cada punta de la rama llevando colgada a la pequeña. Emprendieron el camino que duró mucho tiempo. . .

Llegaron a un lugar donde la sequía era terrible. Las milpas, con pequeños elotes, se habían tornado amarillas y marchitas. Los árboles casi no tenían hojas, y las pocas que aún quedaban pendientes de ellos, se veían de color café amarillento. Todo era desolación. En ese lugar hicieron un alto los mapaches. la desataron de la rama, para luego volver a atarla al tronco de grueso árbol. Mientras, ellos iban en busca de comida a la maltrecha milpa. A la ranita nada le dieron, tuvo que masticar raíces y hojas secas para no morir de hambre.

La sed que sintió después era terrible; miró junto al tronco: allí había un pequeño charquito de agua obscura; tomó de él pero le supo muy feo, con sabor desagradable y olor pestilente. ¡Claro, bebió orines de perro!

Al retornar los mapaches, uno decía: “la vamos a matar por desobediente —otro dijo—: mi idea es mejor, les vamos a avisar a sus papás para que nos paguen por haber encontrado a su hija”.

Ella sintió que los mapaches agresivos villanos del bosque, estiraban sus frágiles y cansadas patitas, le movían la cabeza. ¡En ese momento despertó!, todo era una espantosa pesadilla, un sueño terrible.

RAYITO

A la orilla del río Chilapa existió un pueblecito llamado El Bitzal. Hace más de cuarenta años se encontraba olvidado de las autoridades de aquella época. No tenía ningún servicio público: sin mercado, sin agua entubada, ni siquiera luz eléctrica.

Allí existían muchachas muy guapas; pero eran cuidadas por sus mamás con gran celo. Como siempre, la oscuridad era la compañera de los habitantes de ese lugar. . . en las noches de luna llena, cuando iluminaba en toda su plenitud el paisaje del pequeño pueblecito, las muchachas iban a dar vueltas al parque como se acostumbraba en aquella época.

La mayoría de las familias iban a rezar el rosario a la casa de doña María del Santo, una viejecita como de noventa años, cuya casa de palma y jahuacte fue convertida en templo católico; allí se veneraba a la imagen de la Virgen de la Asunción. La Santa Patrona del pueblo.

Doña Santo, como todos le decían, empezaba muy bien el rosario, pero se iba quedando dormida y los “Padres Nuestros” y los “Dios te Salve” se repetían dieciocho o veinte veces; hasta que alguien tocaba el hombro de la ancianita y ésta volvía con su cantaleta. “Torre de Marfil, Casa de David, Arca del Cielo” y todos contestaban: “Ora Pronobis”. A veces, el “Ora Pronobis” que el público respondía, caminaba más aprisa que las Torres y el Arca del Cielo de la ancianita. Así, los asistentes al rosario terminaban verdaderamente cansados de la penitencia.

Dalila, una chiquilla de seis años, como todos los niños, aborrecía esos conciliábulos y además le gusta-

ba levantarse muy temprano para ir con su papá a efectuar las compras para la comida del día. Caminaban algunas cuadras para llegar al puente junto al panteón del pueblo; allí se instalaban a vender los habitantes de otras aldeas sus verduras traídas en redes, tejidas por ellos mismos, con materiales de la región.

En esas redes acarreaban plátanos verdes y maduros, yuca, macal, calabaza y camote. A veces hasta animales como: gallinas, pollos y marranos. Desde muy temprano se formaba un alegre mercado, como los que ahora reciben el nombre de “Mercados Campesinos”; allí cada comprador regateaba hasta lograr el más bajo precio del producto deseado.

Dalila adoraba estas desmañanadas e ir de compras con su papá. En cierta ocasión quedó prendada de un pequeñísimo marranito blanco de ojos azules que tenía una raya vertical en la frente y le llegaba hasta su pequeña trompita. El cerdito era tan chico que no salía de la red donde lo tenían cubierto con hojas secas de plátano; sólo la cabeza asomaba. Al acercarse, Dalila vio que le miraba como diciéndole: “Llévame, quiero ser tu amigo.”

La niña le pidió a su papá que se lo comprara. Él contestó que no, pero ella insistió tanto que al fin él preguntó cuánto costaba el chanchito.

El dueño del marrano dijo que se lo daría muy barato porque la mamá había muerto, y él no lo podía cuidar; además, no sabía comer solo: tomaba su leche en una botella de vidrio con tremenda mamadera roja. Todo ese detalle fascinó más a la chiquilla quien prometió a su papá que cuidaría del animalito. Total, después de mucho regatear, el trato quedó cerrado por cinco pesos, pasando Dalila a ser la feliz poseedora del cerdito.

Cuando llegó a casa con su gritona carga, que para esa hora ya exigía sus alimentos, la mamá de Dalila puso el grito en el cielo. La señora frenética dio termi-

nantes órdenes: el marrano tenía que estar afuera, en el patio. La niña fue a la botica y pidió le regalaran un cajoncito de madera, donde venían las medicinas; cuando regresó a su casa lo acondicionó con trapos viejos y lo puso en el corredor de la casa. Su mamá volvió a intervenir: “¡Dalila, ese marrano se va para el patio en este mismo momento!” El marranito pedía comida a gritos, y la mamá de Dalila regañaba a ésta. . . al fin se pusieron de acuerdo: Dalila le daría de comer, lo iba a bañar y cuidar en el fondo del patio. Por la tarde, el cerdito ya tenía un nombre: Rayito.

Al paso de los días la casa se convirtió en un caos. Los gritos del cerdito se escuchaban pidiendo comida a cada instante. Nada lo satisfacía, su apetito era insaciable y el mal olor del patio era motivo de molestia para la señora que, a cada instante, ordenaba a la niña lavar y bañar al cerdo. Claro, ese detalle era para ver si se aburría y dejaba por la paz a Rayito. Pero no fue así, la niña se encariñó tanto con el animalito que cualquier sacrificio no le importaba.

Pasaron los días, ahora ya podía comer en una tina de lámina; poco a poco fue creciendo y protestaba por las noches cuando ella lo metía en el cajón, pues ya le quedaba chico.

Una mañana su papá le dijo: “mira, mi hijita, mañana va a venir Berna, el carpintero, hará un corral con su casita para Rayito. ¡Pero eso sí, lo más lejos de la casa, pues ya deseo un poco de tranquilidad!”

Así fue, cuando el corral estuvo listo y la casita terminada la niña llevó a Rayito a tomar posesión de su nuevo hogar. Esa noche todos durmieron tranquilos por el silencio.

Pasaron los meses, Rayito seguía creciendo y comiendo como desesperado. Su apetito era feroz, al grado que los sobrantes de la comida en casa no eran suficientes; también le daba maíz que compraba por las mañanas, ahora ya tenía una obligación: alimentar al

cerdito. Por tal motivo la niña recurrió a los vecinos pidiendo le guardaran los desperdicios de los alimentos. Como todos los vecinos sabían el trajín en el que se había metido no le negaron el sobrante de los alimentos, y ella por las tardes acudía con una cubeta a recoger la “gandalla” para su querido Rayito.

Creció tanto, tanto, que ya era molesto tenerlo en el patio, pues todo el que salía él creía que le llevaba algo de comer. . . una mañana, durante el desayuno, cuando toda la familia estaba reunida, alguien dijo: “para esta Navidad no gastaremos comprando guajolotes, comeremos chicharrones de Rayito”.

Esto fue una tragedia: Dalila empezó a llorar, eso no lo permitiría nunca, ¿cómo iban a matar a Rayito, si ella lo quería como si fuera un hermanito. . .? No lo harían chicharrones, ¡eso nunca!

El papá, viendo el sufrimiento de la nena, le dijo: “ya no podemos seguir con Rayito en casa; comprende hijita, esos animales deben tener una granja especial, no vivir en las casas con las personas. Si tu quieres, lo mandaremos al estado de Campeche, a un lugar donde lo tendrán con todas las comodidades”.

“¡Sí!” —dijo Dalila—, pues en algunas ocasiones había oído decir que los papás mandaban a sus hijos a una escuela normal rural en Hecelchacán, Campeche. La niña creyó que Rayito también podía ir a una escuela parecida; allá estaría mejor y su vida no correría peligro.

Días después pasó por el pueblo el señor Rafael Piña, en su barco el “San José”, comprando marranos para llevar a Campeche, y se llevó a Rayito.

Dalila sufrió la separación, pero no lloró porque pensó que ya se había convertido en un cerdo muy inteligente y que merecía ir a la escuela. Además, tenía derecho a ser feliz y no a que lo convirtieran en chicharrones, en su casa.

Hoy, después de muchos años, el tiempo no ha lo-

grado borrar de su memoria aquel cerdito que, al despedirse, la miraba con esos ojos tan azules llenos de tristeza. . .

LOS DUENDES BAILARINES

Paso a paso, muy lentamente, se fueron acercando las sombras de formas humanas. Al llegar junto a la puerta de la choza de Juan tomaron el candil de petróleo, que todas las noches, Lupe, su mujer, encendía porque el miedo a quedar sola era terrible. Su marido se dedicaba a trabajar como velador público, pasando la noche fuera de la casa.

Al oscurecer, antes de cerrar, encendió el candil, dejándolo colgado en la puerta; así, al volver su marido en la madrugada, el camino estaría iluminado.

Pasada la media noche, Lupe oyó la voz de él en el patio, platicando con varias personas. Se levantó de su catre preocupada; no imaginaba a Juan trayendo a extraños a altas horas de la noche.

Abrió la puerta y no encontró el candil donde lo dejara colgado antes de acostarse. Entró de nuevo y fue a la cocina a buscar un ocote que guardaba en el fogón. Lo encendió y volvió a salir a buscar a su esposo; le dio la vuelta a la casa sin encontrarle. Oyó que alguien chiflaba y le llamaba por su nombre, alzó la mirada hacia el caballete de lámina de su casa y allí pudo ver a tres pequeñas criaturas de facciones grotescas y orejas puntiagudas. Uno de ellos tenía en la mano el candil que ella había dejado colgado en la puerta al oscurecer.

Lupe sintió que la piel se le enchinaba y el miedo hacía que sus dientes castañetearan. Un frío glacial la invadía de pies a cabeza, dejándola petrificada, como si estuviera clavada en el piso. Veía cómo aquellas criaturas infernales se burlaban de ella: uno dio un salto y se paró a su lado. Ésa fue la gota que derramo el vaso.

Lupe no pudo más y cayó desmayada por el terror.

Las horas pasaron; al amanecer llegó Juan de su trabajo y quedó sorprendido al encontrar dormida en el patio a su mujer.

La levantó en brazos y la llevó hasta el catre, Lupe no daba señales de despertar. Juan, seriamente preocupado, con una vecinita mandó llamar a doña Felipa, la curandera del barrio. La que al enterarse de la forma en que Juan encontró a su mujer, le dijo: “no la muevas, sólo tiene el ‘soponcio’, por algo que seguramente la asustó. Voy a prepararle un bebedizo; pero mientras hierve, la frotaré con unos montes que traigo. Después ella nos dirá el motivo de su desmayo”.

Doña Felipa abrió su morral y puso unas hierbas en un jarrito, a la lumbré, con poquita agua. Luego sacó albahaca, toronjil y flores de sempoal, a las que agregó alcohol, formando una maceración que le aplicó en el cerebro, la frente, el pulso y las plantas de los pies. Luego bajó de la lumbré el jarrito que ya hervía y en el molcajete machacó todo. Al terminar lo exprimió y coló en un pequeño lienzo; el jugo lo puso en una cuchara. Ayudada por Juan que levantó la cabeza de su mujer y le abrió la boca, ésta pudo tomar el contenido de la cuchara.

Pasaron las horas hasta que Lupe despertó y pudo contar la terrible odisea que había vivido la noche anterior.

La curandera dijo: “esos que se te presentaron, son los duendes bailarines, cuando ven a una mujer sola y sin protección alguna, la invitan a bailar para apoderarse de su sombra. Para que no vuelva a suceder, desde hoy por la noche, harás lo siguiente: cuando enciendas el candil que vas a dejar afuera, debes tener cuidado de ponerle al frente esta figura de palma en forma de cruz, que está bendita. Si alguien quiere tomarlo, lo primero que ve es la cruz de palma bendita y ningún mal puede hacerles”.

LARGO LARGO MEDIDOR

Celita era una linda pajarilla de plumaje azul cielo, con reflejos dorados y hermosos ojos color ámbar. Al despertar cada mañana, sus ejercicios eran: brincar de rama en rama del copado y florido guayacán donde nació. Al principio sus gorgoros eran débiles; pero con el paso del tiempo, fueron tan bellos, que todos los pobladores del bosque reconocieron sus dotes de gran artista y de belleza inigualable.

Una fresca mañana, al empezar sus ensayos, éstos se vieron interrumpidos por el cosquilleo que le produjo un gusano negro de ojos verdes y saltones, que fue echado de su nido por el fuerte viento que golpeó los árboles durante toda la madrugada.

El aire hizo que aplumizara sobre las alas de la cantora, que las sacudió; pero el intruso fijó sus diminutas patas en el acolchonado plumaje. Ésta, muy enojada, hizo un fuerte aleteo hasta que por fin el gusano cayó a tierra.

Se acercó con mirada agresiva, lista para dar el picotazo; en eso, el gusano, muy asustado, cerró los ojos verdes y le dijo: “¡no me hagas daño!, ¿no ves que estoy perdido?. . . ¡no encuentro a mi mamita, si el zanate me mira, seguro me condimenta para que le sirva de apetitosa cena!. . . ¡No seas cruel, llévame a casa!” —suplicó el gusanito.

Compadecida de la tragedia del insecto, le preguntó: “¿Cómo te llamas y en dónde vives?”

“Mi nombre es Largo Largo Medidor, de mi casa no puedo decirte porque estoy desorientado.”

Ella sintió angustia por lo desamparado del pequeño Medidor, así que decidió ayudarle, diciéndole:

“sube a mis alas y mientras yo vuelo, trata de divisar tu casa, o a tu familia” —dijo la pajarita.

Largo Largo se deslizó para caer en las suaves plumas y Celita emprendió el vuelo. Muy alto, luego a ras de tierra, el gusanito miró para todos lados sin encontrar su hogar ni a la señora Medidor, su mamá.

Pasadas las horas, Celita se enteró que Largo Largo aún no había probado alimento; así que lo condujo hasta un cocohite, donde éste pudo saciar su apetito con los frescos retoños y chupar la rica miel de las floridas ramas.

Durante muchos días ése fue el trabajo que se asignó la pajarita: cuidar al gusano en su alimentación y evitar fuese devorado por los zanates.

Con el paso del tiempo, Largo Largo engordó y le salieron manchas verdes sobre su piel negra que se fue cubriendo de fina pelusa que, a los rayos del sol, daba reflejos dorados.

Ella comprendió que el momento de separarse era inminente. También él lo supo, porque ahora cuando los zanates volaban cerca se ocultaba bajo las verdes hojas, quedando escondido. Al alejarse el peligro, iba a buscar sus alimentos por sí solo. Con el tiempo se educó y pudo sobrevivir. Un día pensó que la dicha de disfrutar la compañía de su amiga estaba por terminar y que pronto habrían de separarse. Este pensamiento le hizo sentir que sus entrañas se contraían con un dolor desconocido. Desde esa fecha su carita, antes alegre y risueña, ahora se mantenía seria y meditante.

La pajarita pudo sentir el momento desastroso que ahogaba el corazón de su amigo. Un atardecer, cuando ya el sol ocultaba sus dorados rayos, el gusanito se vio más triste que de costumbre, eso animó a Celita para hablarle así: “Querido Largo Largo, hace mucho tiempo que nos conocemos; tanto tú como yo podemos leer lo que pasa por nuestros corazones. No hay que estar

tristes ahora que se acerca el momento de separarnos; aunque nuestras especies son distintas, los corazones han sido afines; nos hemos comprendido y por ello nuestra amistad es muy hermosa. Pero tú, tienes que conocer otros árboles, no sólo este cocohite que ha dejado de florecer por el otoño que se avecina; tu destino es encontrar a los de tu especie y ser feliz. Pero eso no quiere decir que nos olvidemos. ¡Hagamos un trato!, ¿sí? . . . mira, desde hoy, el cariño que nos tenemos lo vamos a guardar en un pequeño recodo de nuestros corazones.”

Largo Largo sólo pudo mover la cabeza tristemente, un nudo muy apretado en la garganta no le permitió contestar a su amiga.

Un fresco amanecer, cuando el otoño se iba para dar paso al crudo invierno, Medidor bajó del cocohite para emprender su camino, buscando a los suyos en la espesura del bosque.

Celita, desde su nido, le vio alejarse entre los árboles, luego cayeron dos gotas de rocío de sus ambarinos ojos.

JUSTICIA CAMPESINA

¡El gavián!, ¡el pollero!, gritan las mujeres saliendo de la cocina, corriendo al mismo tiempo, para verle que se acerca con gran rapidez.

Ya viene, se mira en la lejanía, en rapidísimos vuelos, va y viene buscando con la mirada a través del follaje a los tímidos polluelos.

El gallo dio fuertes cacaraqueos dando la voz de alerta; huyeron las gallines hacia lo más espeso del zacatal, en busca de refugio, y los polluelos se agruparon en torno de su madre y se escondieron temerosos bajo las alas maternas. Sólo una, la más bella, la de gran copete y plumas moriscas, madre joven e inexperta, no se preocupó por cobijar a sus pequeños hijitos que asustados piaban buscándole.

El gavián se acerca, ya la vio, ya la acecha. ¡En rápido descenso cae como flecha y rozando el suelo con la punta de las alas pasa por el viento, y se va, llevándose al tierno polluelo! En vano ha querido defenderlo la madre. De nada le sirvieron su afilado pico y sus fuertes alas moriscas.

El gavián se remonta con la presa y huye para devorarla en la tupida ceiba.

El gallo tiembla, su enorme cresta y roja corbata están pálidas por el terror; y sólo oye, allá en la espesura del árbol los débiles gritos del infeliz polluelo, al ser devorado por el carnicero plumífero. Las gallinas cacarean avisando que el enemigo está cerca, que es preciso huir, esconderse en lo más tupido del monte, para salvar la vida.

Se asoma Juancho, que enojado exclama: “¡ya volverá!”

Con gran rapidez entra en la casa de la granja y regresa al poco rato con la escopeta guaca al hombro. Al cargarla con fuerza, donde demuestra su gran enojo, murmura amenazador entre dientes: “¡ya volverá!”

Juancho sale al llano. La chiquillería le sigue en silencio, hasta llegar a la tupida arboleda.

El gavilán al poco rato regresa persiguiendo a las gallinas. Éstas, asustadas, se meten en el gallinero. Ahora están tranquilas al abrigo del viejo techo, se creen seguras y el gallo, pasado el susto, vuelve a sus requiebros y las gallinas a sus cacareos; han olvidado la tragedia del pequeño pollito. Todos vagan felices que en esta ocasión el enemigo no pudo llevarse otra víctima. Pero no olvidan el terrible peligro que les amenaza. Pero hay una que sufre, está triste y muy apenada. ¡Ha perdido un hijo!, se trata de la morisca.

¡Allá en la lejanía aparece nuevamente el peligro!, se alcanza a ver un punto negro grisáceo que se va haciendo más y más grande a medida que se acerca. “¡Ahí viene! —gritan de pronto los chiquillos—. ¡Silencio!” —dice Juancho.

El gavilán busca otra presa, seguro de encontrarla, vuela y vuela victorioso. Se aproxima muy lento. . . pero repentinamente suba y baja girando en el espacio abierto, y de pronto se oye una detonación seguida de otra y el come-pollo cae en corral, vencido. El tiro de Juancho fue certero. La chiquillería corre y se agrupa en torno del ave moribunda.

Juancho, con la guaca al hombro, muy orgulloso de su puntería, acude también; mira al ave que aletea y se agita con las últimas convulsiones de la muerte.

El tirador mira un rato a su víctima y muestra a los niños sus fuertes alas y el afilado pico del ave.

Momentos después el animal aletea y por fin expira. “Éste nunca más se comerá mis pollos” —dice Juancho.

LOS PETIRROJOS

Ella, joven, alegre y sus plumitas con reflejos dorados, brincando de rama en rama del copado árbol; sus arrullos eran escuchados por los pobladores de la región campirana, a los que trasmitía la belleza de las mañanas llenas de sol.

Una vez, al empezar sus cánticos, oyó que alguien también enviaba al aire sus fuertes y soberbios trinos; subió algunas ramas y llegó junto a un joven petirrojo que hacía dúo a su canción. Al terminar la melodía se saludaron, dando así principio a una hermosa amistad.

Desde esa ocasión, iniciaban largos recorridos, volaban muy alto, y al retornar al árbol, entonaban melodías llenos de contento.

Ella siempre ofrecía sus atenciones a su amigo, esperando con el tiempo formar una indisoluble unión. . .

Transcurrieron muchas semanas que se volvieron meses; el joven petirrojo no se decidió más que a conservar la amistad.

Una tarde del mes de mayo, una familia de pequeños Arroceros llegaron al árbol adonde se encontraba la pajarita y escandalizados comentaban así: “¡pobre Petirrojo, al recibir la pedrada directamente en la cabeza, que le arrojó el muchacho con su honda quedó muerto al instante!” Ella supo enseguida que se referían a su amigo; pero no les preguntó, sino que lloró la pérdida irreparable. Fue tanto su dolor que se negó a verle. Sufrió lo que nunca había pensado se podía sentir por alguien. Llevando en su corazón el terrible dolor, se elevó, alejándose sin rumbo, hasta que por fin enfiló hacia el sur.

Pasaron los años. Tuvo oportunidad de regresar a

su antiguo árbol: sólo deseaba visitar la tumba de su amigo. . . un anochecer se posó en la rama que había sido testigo mudo de su juventud, sus ilusiones frustradas y su gran pena. Transcurrieron las primeras horas de la noche, llegaron al mismo árbol una pareja de ancianos Colibríes que platicaban entre sí, de todo lo que habían visto durante el día.

Entre las cosas que decían, la pajarita pudo oír:

“¿Te acuerdas del Petirrojo que hace muchos años fue golpeado por una pedrada?”

“Sí” —contestó la señora Colibrí.

“Pues hoy lo he visto, vive en el cerro más alto que hay al oriente de nuestro árbol.”

“Pero. . . ¿será el mismo?. . . tengo entendido que murió a consecuencias del golpe.”

“No, todos creíamos que había muerto, y nadie se preocupó por atenderle, ya ves tú, ni siquiera su compañera de vuelos y cantos estuvo en esos momentos. Pero su juventud y gran fortaleza le ayudaron a superar el golpe, ahora está convertido en todo un señor Petirrojo.

Los Colibríes siguieron platicando; pero ella sólo tenía una idea: ir y ver si se trataba de su viejo amigo.

Muy tempranito emprendió el vuelo, siguiendo la dirección que había oído. Sí, allí encontró en lo más alto del cerro y en un árbol copado, un bello nidito blanco y adentro una hermosa y joven pajarita alimentando a tierno polluelo.

Sin demostrar lo que su corazón sentía, saludó a la joven mamá, le hizo una caricia al polluelo y platicó con el señor Petirrojo, a quien por tantos años creyó muerto.

Llorando su cobardía voló, voló, hasta perderse en el infinito.

LA URNA DE LAS OFRENDAS

“Guau, guau, guau. . . zorros, zorros, zorros” gritaba el enorme guardián, dando fuertes ladridos, con las manos apoyadas en la reja divisoria del jardín y el patio trasero de la casa. En ese momento el zorro entró corriendo al patio.

Aún no había asomado el sol, el aire era fresco y hasta un poco frío, después de la llovizna de la madrugada.

Con las fauces entreabiertas y las negras garras apretadas a la madera de la puerta, el perro vigilaba.

El zorro se detuvo cerca de la cocina, era muy pequeño, delgaducho y de pelambre blancuzca; sus patas parecían sostenerlo apenas. Al ver desde lejos los filosos colmillos del perro, pestañeó varias veces.

Éste volvió a ladrar, el eco reprodujo el sonido en la callada penumbra matinal. Todo estaba inmóvil y silencioso.

El perro se puso en cuatro patas y cruzó el jardín, dirigiéndose a la entrada de la casa. Desde allí pudo sentir a su enemigo que le miraba insolente; luego alargó el cuello y se puso a husmear, gruñendo al intruso que se acercaba a la puerta de la cocina, para ver el contenido del bote de los desperdicios.

“¿Llegó el diario?” —preguntó el señor Alex a su esposa.

“Está afuera” —contestó ella.

Al salir el señor, le vio el perro y empezó a mover la cola, dando golpecitos en el suelo. Se cruzaron las miradas del amo y del perro. Éste gimoteó, tenía los ojos brillantes y afiebrados.

“¿Qué te pasa Kliper?” —dijo el señor Alex, dejan-

do ir la mirada a su alrededor—. “¿Viene alguien?”

El guardián se acercó a la reja y miró al patio a través de la puerta de madera; allí estaban los zorros. Ya eran dos que trataban de esconderse atrás de un montón de ladrillos.

El perro volvió junto a su amo que le dijo: “hace algunos días que te noto muy alterado, será mejor que te tranquilices; tú y yo ya estamos viejos, no debemos alterarnos”. El animal se echó sobre sus patas traseras mirando a su amo con gran pesar.

Cuando el sol de mediodía calentaba la banqueta, el perro se echó con el cuerpo extendido y la respiración acompasada. En el almendro, frente a la casa, los pájaros cantaban con chillidos de satisfacción, al empezar a construir sus nidos. Kliper levantaba la cabeza de vez en cuando para verles. Después de un rato fue hasta el árbol, la sombra era refrescante pero. . . desde allí vio nuevamente a los zorros que se encontraban sentados sobre el cerco de madera del patio.

“¿Cómo está la urna de las ofrendas?” —preguntó el zorro más grande al que había entrado primero.

“¡Está casi llena!” —contestó el otro.

El perro podía sentir el olor enfermizo y hediondo de los intrusos, que le erizaban los pelos de la espina dorsal, mientras gruñía desesperado.

El señor Alex, después del trabajo diario, regresó a casa. El perro esperaba junto al portón del jardín, con la mirada perdida en el sendero. El señor quitó la llave y entró. “¿Cómo estás? —le dijo acariciándole la cabeza—, últimamente estás muy nervioso.” Kliper gimió y miró a su amo. “Eres un buen perro, pero ya has envejecido mucho. ¿Ya no te acuerdas cuando eras un cachorrito juguetón?” El perro se restregó sobre la pierna de su amo, quien le dijo: “¿qué no daría por saber qué te tiene tan preocupado!”

A los finos y alertas oídos del perro les llegaba un sonido desde lejos. . . débil aún por la distancia. Zo-

rros, zorros, zorros ladró mientras corría; luego levantó sus manos clavando las garras en la madera de la puerta. Volvió a oír el murmullo esta vez más fuerte. Era un ruido rasposo, como de algo que arrastran. . . alzó la mirada desesperado hacia la ventana de la casa de sus amos: nada se movió, nada.

Los zorros se acercaban por el patio. El perro ladraba desesperado desde el jardín y los ojos le brillaban intensamente. El olor inconfundible de los zorros le enloquecía, poniendo sus pelos de punta.

“¡La urna de las ofrendas —exclamó el zorro más chico— está repleta!”

Con el hocico voltearon el gran cubo de los desperdicios y el contenido se esparció por el suelo. Los intrusos empezaron a romper las bolsas de papel, eligiendo las cáscaras de naranja, desperdicios de pan tostado y cascarones de huevo. Uno de los zorros tomó unas cáscaras y las masticó, diciendo: “¡Hummm, rico, delicioso!”

El perro siguió ladrando: “zorros, zorros, zorros” —gritaba perdida toda esperanza de ser escuchado por sus amos.

Poco antes de terminar de recoger los desperdicios (que para ellos eran las ofrendas) se detuvieron para mirar a Kliper. El perro ladró furiosamente. “¡Míralo un poco!” —dijo con desprecio uno de los zorros mientras levantaba la punta del costal donde habían metido los desperdicios. Luego tomaron cada uno, dos puntas formando un gran tambache, y brincaron la barda, llevándose su costal lleno de ofrendas.

Kliper hacía esfuerzos contra la reja, con el hocico abierto abalanzándose contra los tablones. Luego dejó escapar un lastimero gemido de impotencia, con lo que deseaba expresar toda su desdicha y desesperación. Los zorros hediondos le habían vencido.

CAMILO

Camilo llegó a este mundo en una fría mañana de diciembre, con tan mala suerte que su piel no estaba cubierta con la suave y acariciante pelusita que traen al nacer todos los pollos. Su mamá era una gallina presumida, por lo tanto se avergonzaba de tenerlo bajo sus alas junto con sus otros hijos que eran una preciosidad.

Cuando alguna vecina en el gallinero le preguntaba: “¿cuántos hijitos le nacieron señora Gorgorito?” —ella con fingida tristeza contestaba—: “me nacieron nueve porque a uno, antes de nacer, me lo robó la malvada comadreja. ¡Pobre hijo mío!”, y dos lágrimas hipócritas dejaba caer de sus redondos ojos.

Al paso de los días los otros pollitos querían salir del nido, pero la señora gallina no encontraba la solución a su problema: no quería que nadie se enterara del pequeño monstruo pelón que le había nacido por hijo.

Una mañana, mientras Camilo dormía, ella despertó a sus otros hijos y salieron rápido del nido, dejando al pobre pelón bien dormido.

Cuando el sol envió a la tierra sus dorados rayos, éstos se reflejaron en el brillante cuerpecito del que aún no comprendía su desgracia. Al despertar y no ver a su mamá y hermanos en el nido, se sorprendió y haciendo un esfuerzo pudo brincar y salir del lugar que por tantos días había sido su dormitorio. Sus alitas pelonas temblaban, sus patitas estaban heladas; pero al fin pudo refugiarse bajo unas tablas junto al chiquero de los marranos. Su hambre era infernal, su buche pedía alimento; pero Camilo no sabía dónde encontrarlo.

Acurrucada junto a unos canastos, Camilo vio a una vieja gallina. El pollito fue acercándose y con gran sorpresa vio que ésta le llamaba. Cuando estuvo junto a ella, la anciana empezó a rascar la tierra y le invitó a comer pequeños gusanos hasta quedar satisfecho su apetito; luego, como no entraba en calor, lo cobijó bajo sus alas y le brindó el calor de una verdadera madre. Desde ese día el pollito no se separó de su madre adoptiva, y ésta cuidó que nadie le hiciera daño al pequeño e indefenso pelón.

Meses después le salieron dos plumas a Camilo, una en cada ala, pero eran tan curvas que más parecían alfanges árabes. En el gallinero eran motivo de burlas, todos se mofaban de las dos plumas de Camilo y de lo vieja y fea que se había puesto su protectora. Pero ellos no les hacían caso, al contrario, su felicidad era contagiante.

La antes solitaria gallina, a ratos sorprendía a los habitantes del corral con sus fuertes cacareos; también el cuerpo de Camilo se fue transformando maravillosamente al cubrirse de relucientes plumas rojas y negras con reflejos amarillos que dejaban con el pico abierto a más de una pollona del corral.

Una madrugada se oyó un ronco kikiriquí, tan ronco, que todos despertaron asustados; era el Gallo Camilo. Al paso de los días se fueron acostumbrando a tan fuertes kikiriquíes que atraían a todas las gallinas de la granja, quienes de común acuerdo lo nombraron. . . Rey del Gallinero.

La señora Gorgorito desde lejos miraba a su hijo Camilo con gran tristeza, dejando caer amargas lágrimas de arrepentimiento por haberle olvidado cuando más la necesitaba.

Los nueve hermanitos de Camilo la abandonaron, perdiéndose en los laberintos de la granja.

EL INFIERNO DE FILOGONIA

Corría el año de mil novecientos y tantos cuando al terminar la carrera de maestra fui enviada para hacer el servicio social en la colonia ejidal Álvaro Obregón. En ese lugar, los chiquillos estudiaban hasta el tercer año de primaria, ya que eran pocos los maestros que aceptaban ir ahí, por la fama de asesinos y desalmados de los habitantes del lugar.

A mi llegada, al pasar por la escuela, saludé a los pocos maestros, y luego fui a conocer a la primera autoridad, el Agente Municipal don Arturo Velázquez, cuya preparación intelectual era de sexto año de primaria, estudios que le elevaban ante los otros ejidatarios que apenas sabían leer y escribir. Don Arturo era un hombre de constitución fuerte, alto, blanco y de ojos claros; de conversación fácil y agradable que atraía a primera vista.

Me presentó a su esposa, doña Rosita: la clásica mujer de hogar, sin más aspiraciones que las de tener contento a su esposo, y vivir en un hogar impecable. Los dos me recibieron con afecto; durante nuestra plática ella me comentó que al no tener hijos, porque Dios no se los había dado, se refugió en el cariño de su esposo y en la cocina donde se sentía en su ambiente. Nuestra plática fue muy agradable, al grado que al despedirme de ella, hasta recetas de cocina habíamos intercambiado.

Al paso de los días, conviviendo con aquellas personas, las fui conociendo; pero lo que más me llamó la atención fue que don Arturo sólo desempeñaba por las tardes su cargo de Agente Municipal y por las mañanas, los días lunes, miércoles y jueves, atendía a sus

numerosos pacientes, recetándoles medicinas de patente y de herbolaria que conocía a la perfección. Los días martes y viernes eran especialmente dedicados a las artes brujeriles. En la casa que le servía de consultorio, una empleada sacaba una mesa, se instalaba bajo un enorme árbol de mango; allí vendía a los enfermos ramos de albahaca, ruda, zorrillo, flores rojas y huevos blancos (no de granja, que entonces ni se conocían). Todo eso era empleado en las llamadas limpias corporales y espirituales.

En esa época aún no llegaban por ahí caminos carreteros, sólo el ferrocarril centroamericano era el único medio de transporte y por las tardes, al terminar mis labores en la escuela, regresaba a Tapachula, a mi casa, en el tren del anochecer. Muchas veces tuve que pernoctar en la colonia, porque este medio de transporte casi siempre llegaba con retraso, después de las diez de la noche. Entonces me alojaba en la casa de mis nuevos amigos: los Velázquez.

Mis alumnos eran fabulosos, les gustaba aprender; sólo que eran como sus padres, muy belicosos. A la hora del recreo había que vigilarlos y hacerla de árbitro a cada momento, ya que si corrían o jugaban, por cualquier desacuerdo se agarraban a golpes.

Una mañana corrió por todo el poblado la noticia: en la puerta de la casa del matrimonio Velázquez habían dejado una niña recién nacida.

Soy muy curiosa (como somos casi todas las mujeres); así que al terminar mi trabajo, fui a la casa de mis amigos para oír la versión por boca de ellos. Al llegar me recibió doña Rosita con la niña en sus brazos, y en su cara reflejada la alegría, me dijo: “en la madrugada, al oír los chillidos, se levantó Arturo, abrió la puerta y por el llanto de la nena también otros vecinos llegaron; pero nadie se quiso hacer cargo de ella, al contrario, se persignaron por su fealdad— luego me preguntó—: ¿verdad que no es fea, maestra?”

“¡Claro que no es fea!”, respondí piadosamente. . . la verdad más que una niña, parecía un pequeño mono araña.

Al llegar el mes de junio, el día de San Antonio de Padua, Santo Patrón de los habitantes del lugar, la niña fue bautizada y por nombre le pusieron Filogonia.

De esta chiquilla nunca se supo quiénes fueron sus padres, así que los adoptivos, la recibieron en su hogar como propia y con el tiempo fue creciendo sana y robusta como un tronco.

Después de convivir con los habitantes de esta colonia, la Dirección de Educación ordenó mi traslado a una escuela urbana en Tapachula; pero mi amistad con los Velázquez continuó. En cierta ocasión mi amiga Rosita fue a visitarme y con gran tristeza me platicó que había sacado de la escuela a Filo (como ella le decía), porque todos los días al regresar a casa, llegaba golpeada, con los cuadernos rotos y que los chamacos le habían puesto de sobrenombre “Altagracia”, como burla, pues ésta era gordita, chaparra y prieta como una tablilla de chocolate.

Al preguntarle cómo haría para que la chiquilla aprendiera a leer y escribir, me dijo: “ya Arturo le está enseñando todo lo que él sabe”.

Como Filogonia no tenía amigos, porque se burlaban de ella, se refugió en los estudios y cuando supo tanto como su padre, pidieron libros a la capital y al llegar éstos, ella se deleitaba leyendo.

Un día apareció en el poblado un enorme perro negro que, demostrando agresividad, se paseaba por las calles del lugar. Los vecinos al verle, se persignaban invocando a sus santos preferidos; sólo Filogonia le dio de comer y éste agradecido le siguió para todos lados. Pero aun así, los enemigos de Filogonia persiguieron al perro, le arrojaron ladrillos y piedras; sólo la chica le protegió. Alguien corrió la voz: “el perro se llama Infierno y es propiedad de Altagracia”. El perro, fe-

liz iba detrás de la chica, pero los vecinos inventaron que el animal era la encarnación del demonio, convertido en perro por artes de brujería y no descansaron hasta que le dieron un pedazo de carne con folídol (veneno fosforado que se utiliza para exterminar las plagas de los sembradíos de algodón).

Cuando empezó a hacerle efecto el mortal tóxico, el infeliz animal lanzaba en plena calle aullidos de dolor y se debatía en los terribles estertores de la muerte, mientras los curiosos que rodeaban al moribundo Infierno, lanzaban escandalosas carcajadas y se divertían viendo el tormento a que estaba sometida la inocente víctima de la ignorancia.

Esto me lo contaron los Velázquez un día que fui a visitarlos y me enteré, con gran sorpresa, que ya la niña no vivía con ellos, que Filo sin despedirse de nadie se había ido a la capital del estado. No quiso recibir ayuda económica de ellos; cuando se la ofrecieron les respondió: “ya bastante han hecho con tenerme bajo su techo durante trece años”; se fue dejándolos llenos de tristeza.

Luego me enteré por la madre que, como su ambición por prepararse era insaciable, lo primero que hizo fue buscar trabajo de sirvienta y cuando lo encontró, se inscribió en una escuela nocturna. Los maestros —me dijeron los Velázquez— al ver el grado de adelanto de la chica, la promovieron al sexto grado, y al cabo de cinco meses presentó examen y tuvo en sus manos su primer diploma.

La clara inteligencia de la chica le abrió las puertas en todos lados, adonde era apreciada entre sus discípulos, sin que nadie se ocupara de su fealdad.

Al fin se logró ver inaugurada, por el presidente Adolfo López Mateos, la carretera costera del Pacífico. Motivo de alegría para muchos y de tristeza para otros. En esa época, en un terrible accidente automovilístico, perdí a mis dos buenos y siempre recordados

amigos: el matrimonio Velázquez.

Pero como la historia tiene que continuar, les diré que Filogonia llegó al poblado sólo por unas cuantas horas, el tiempo que duró el sepelio de sus padres. Allí estuvimos juntas y me dijo que estaba por ingresar a la escuela de Medicina. Confidencia que le agradecí, pero no me sorprendió porque, por su madre, estaba enterada de sus triunfos en los estudios.

Luego visitó a un abogado que se encargó de vender todos los bienes que sus padres le dejaron de herencia.

No volví a saber de ella hasta cuatro años después, cuando llegó para realizar su servicio social de medicina. En el poblado nadie quiso creer lo que sus ojos veían: una Filogonia vestida de blanco para hacerse cargo del recién inaugurado Centro de Salud.

Allí la siguieron tratando en forma despectiva, al verla por las calles decían: “¡Mírenla, qué creída!, con esa ropa blanca parece una mosca en una taza de leche”; otros dijeron: “tenía que ser, como protegida del brujo, éste le enseñó y cuando se fue de aquí, seguro ya había aprendido todos los secretos del curandero; ahora dice que es doctora pasante, a otro perro con ese hueso”.

El que más hablaba era Secundino Arriaga, el envidioso del pueblo. Para él no había nada bueno, nada le convencía, siempre había un pero. . .

Mas, una noche, enfermó éste, le dio un fuerte dolor en el bajo vientre derecho, no pudo caminar, tenía la pierna entumecida y su estado era febril. Al día siguiente su madre, aunque temía ser rechazada, recurrió a la pasante, que sin perder un minuto fue al domicilio del enfermo. Después de examinarlo ordenó lo trasladaran al Centro de Salud. En su delirio Secundino la insultó, pero ella sin inmutarse le aplicó una venoclisis con sus respectivos antibióticos y luego por teléfono logró comunicarse con el Centro de Salud de

Tapachula y pedir con urgencia un anestesista y una enfermera, porque al paciente no se le podía movilizar.

Ese mismo día por la tarde llegaron las personas solicitadas y horas después todo estaba listo para llevar a cabo la intervención quirúrgica.

Desde que llevaron a Secundino al Centro de Salud, numerosos miembros del pueblo, morbosos, se arremolinaron en las afueras del edificio, probablemente deseando el fracaso de Filogonia, sin tomar en cuenta que en ello iba de por medio la vida del citado Secundino.

Después de árdua faena científica, se vio coronada por el triunfo: la primera intervención quirúrgica que se realizaba en la colonia Álvaro Obregón. Desde esa fecha, arrepentidos de su proceder anterior, los habitantes del lugar guardaron profundo respeto y cariño hacia Filogonia, quien se consagró al bienestar de su pueblo.

Amarillo brillante se terminó de imprimir el 3 de julio de 1988 en los talleres de Marc Ediciones, S.A. de C.V. Calle General Antonio León No. 200, Col. Juan Escutia, 09100 México, D.F. Para la composición se usaron tipos digitales English Times de 8, 9, 10 y 12 puntos. Se tiraron 3 000 ejemplares impresos en papel Cultural de 60 kg., con forros en cartulina Couché de 210 gr., más sobrantes para reposición.

GOBIERNO DEL ESTADO DE TABASCO

Lic. José María Peralta López
Gobernador Constitucional Substituto del Edo. de Tabasco

Pedro Gil Cáceres
Secretario de Gobierno

Lic. Guadalupe Cano de Ocampo
Secretaria de Educación, Cultura y Recreación

Lic. Laura E. Ramírez Rasgado
Instituto de Cultura de Tabasco
Directora General

BIBLIOTECA BÁSICA TABASQUEÑA

Serie Antologías

Antología folklórica y musical de Tabasco, Francisco J. Santa-
maría y Gerónimo Baqueiro Fóster (primera reimpresión)

Tabasco, textos de su historia, Ma. Eugenia Arias, Ana Lau y
Ximena Sepúlveda

*La Bohemia Tabasqueña, autores y obras. (Primera y segunda
épocas)*, Gerardo Rivera

Por la ruta histórica de México, Centroamérica i las Antillas (vo-
lúmenes 1, 2 y 3), Marcos E. Becerra

Oradores de Tabasco (volúmenes 1, 2, 3 y 4), Juan José Rodrí-
guez Prats

Serie Literatura

El libro vacío, Josefina Vicens

Melancolías y procelarias, José María Pino Suárez

Un niño en la Revolución Mexicana, Andrés Iduarte

Serie Tradición

El caporal. El trabajo empírico en el campo de Tabasco, Manuel
Gil y Sáenz

Serie Ensayo

José María Pino Suárez, Diego Arenas Guzmán

Semblanzas, Jesús Ezequiel de Dios

Tabasco: una historia compartida, Ma. Eugenia Arias, Ana Lau
y Ximena Sepúlveda

Serie Monografías

Las tierras bajas de Tabasco en el Sureste de México, R.C. West,
N.P. Psuty y B.G. Thom

Serie Política

Discursos por Tabasco (volúmenes 1, 2, 3, 4 y 5), Enrique González
Pedrero

COLECCIÓN ARQUEOLOGÍA, ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

Serie Arqueología

Olmecas y mayas en Tabasco. Cinco acercamientos, Lorenzo Ochoa, Maricela Ayala Falcón, Marcia Castro-Leal, Ernesto Vargas Pacheco y Otto Schumann (primera reimpresión)

Serie Antropología

Chontales de Centla. El impacto del proceso de modernización, Carlos Incháustegui
El chontal de Tucta, Benjamín Pérez González

Serie Historia

El Tabasco porfiriano, Marcela Tostado
Doña Marina, Malintzin, Geney Torruco Saravia
Tomás Garrido, de líder carismático a líder institucional, Isabel G. Chávez Zamora

COLECCIÓN GUÍAS

Guía arqueológica del Parque-Museo de La Venta, Lorenzo Ochoa y Marcia Castro-Leal
Archeological Guide of the Park-Museum of La Venta, Lorenzo Ochoa y Marcia Castro-Leal
Guide Archéologique du Parc-Musée de La Venta, Lorenzo Ochoa y Marcia Castro-Leal
Archäologischer Führer Museumspark La Venta, Lorenzo Ochoa y Marcia Castro-Leal
Guía botánica del Parque Museo de la Venta, Silvia Capello García y Ángel Alderete Chávez
Guía arqueológica del Museo de Jonuta y notas históricas de la región, Lorenzo Ochoa y Alma Rosa Espinoza

AUTORES TABASQUEÑOS CONTEMPORÁNEOS

Trilogía de sombras (1972-1983), Ciprián Cabrera Jasso

Sin lugar a dudas, Teodosio García Ruiz
Retratística de muertos, Efraín Gutiérrez
Cuaderno de notas, Ramón Bolívar
Poemario, Auldárico Hernández Gerónimo
Entre la luz de la luna y el retrato, Ciprián Cabrera Jasso
Amarillo brillante, Julia Calzada
Advertencias amorales al lector y cierto tipo de cuentos sumamente inocentes, Mario de Lille

SERIE CUADERNOS

La cultura olmeca, Laura Sotelo
El habla de los pueblos, Evangelina Arana de Swadesh
La cultura maya, Laura Sotelo
Los antiguos habitantes de Tabasco, Benjamín Pérez González
Lecturas complementarias, Francisco Hinojosa (compilador)
Del mundo prehispánico a la Colonia, Sergio Hernández Galindo

COLECCIÓN ARTE

Fontanelly Vázquez: recuerdos en claroscuro, Ramón Bolívar y Leticia Ocharán
Miguel Ángel Gómez Ventura: diálogo con la naturaleza, Bertha Ferrer
José Francisco: la pintura de lo inasible, Juan García Ponce y Leila Driben
Férido Castillo: el grabado como expresión popular, Bartolo Jiménez Méndez
Héctor Quintana: búsqueda y encuentro, Jorge Priego

PUBLICACIONES ESPECIALES

Tabasco: una cultura del agua, Álvaro Ruiz Abreu y Graciela Iturbide
La Casa de los Azulejos, Francisco Ramírez Badillo
Muestras de la flora de Tabasco, Elvia Esparza, Ángeles Guadarrama, Gonzalo Ortiz y Ofelia Castillo
Semblanzas II, Jesús Ezequiel de Dios

Esquema para una oda tropical (a cuatro voces), Carlos Pellicer.
Edición crítica, comparada y anotada por Samuel Gordon
Bodas de sangre (versión oxoloteca), Federico García Lorca.
Fotografía de Lourdes Grobet
Petróleo y desarrollo, José Eduardo Beltrán (segunda edición)
Ejercicios de lectoescritura. Alfabetización a partir del nombre,
Irena Majchrzak

COLECCIÓN DE LIBROS PARA NIÑOS Y RECIÉN ALFABETIZADOS

Serie Pictográfica Infantil Poetas Tabasqueños

Las cosas sencillas, José Gorostiza
¿Quién me compra una naranja?, José Gorostiza
Cantarillo, José Gorostiza
La ceiba, Carlos Pellicer
La casa del viento, Carlos Pellicer
El sol, Carlos Pellicer
La creciente, Andrés Iduarte
La selva, José Carlos Becerra
La noche, José Carlos Becerra
Romance de la agüela Juana, José María Gurriá Urgell

Serie Testimonios

El cultivo de la calabaza, Marcio López. Recopilación. Promotores voluntarios de la cultura de Tacotalpa
De los pescados, Marcio López. Promotores voluntarios de la cultura de Centla
Nuestra casa, Ramón Bolívar-Marcio López

Serie Cuento Tabasqueño

El bejuco, Niños de los albergues indígenas de Tabasco
El trueno, Niños de los albergues indígenas de Tabasco
Los aruxes, Niños de los albergues indígenas de Tabasco
El conejo y el cazador, Niños de los albergues indígenas de

Tabasco

El hombre que se convirtió en tigre, Niños de los albergues indígenas de Tabasco

La leyenda de los Kooyajs, Niños de los albergues indígenas de Tabasco. Recopilado en Tamulté de las Sabanas por Leticia Rivera

El encanto de la Laguna de San Pedro, Niños de los albergues indígenas de Tabasco

COEDICIONES

Antología folklórica y musical de Tabasco, Francisco J. Santamaría y Gerónimo Baqueiro Fóster. UJAT-ICT

Verdadera historia de la Revolución Mexicana, Josefina Vicens. UJAT-ICT

Voz viva de México, Josefina Vicens. UNAM-ICT. Disco

Material de lectura, núm. 7, Josefina Vicens. UNAM-ICT

El libro vacío-Los años falsos, Josefina Vicens. UNAM-ICT

Material de lectura, núm. 51, Julieta Campos. UNAM-ICT

El penúltimo poeta, Marcos E. Becerra. Prólogo de Francisco Valero. INBA-ICT

La caja y otros cuentos, José Darío Gutiérrez. INBA-ICT

Rueda del tiempo, Rosario María Rodríguez Ruiz. INBA-ICT

Bajo el signo de Ix Bolón, Julieta Campos. FCE-ICT

El lujo del sol, Julieta Campos. FCE-ICT

Nuestra casa, Ramón Bolívar-Marcio López. SEP-ICT

El cuento circular, Julieta Campos. SEP-ICT

doi:10.1371/journal.pone.0142162.g002

PUBLICAS

FECHA DE DEVOLUCION

[illegible]

**Autores
Tabasqueños
Contemporáneos**

Títulos

- | | |
|----------|---|
| 1 | Trilogía de sombras
(1972-1983)
<i>Ciprián Cabrera Jasso</i> |
| 2 | Sin lugar a dudas
<i>Teodosio García Ruiz</i> |
| 3 | Retratística de Muertos
<i>Efraín Gutiérrez</i> |
| 4 | Cuaderno de Notas
<i>Ramón Bolívar</i> |
| 5 | Poemario
<i>Auldárico Hernández</i>
<i>Gerónimo</i> |
| 6 | Amarillo brillante
<i>Julia Calzada</i> |

Autores Tabasqueños Contemporáneos

Amarillo brillante

La literatura para niños de Julia Calzada se nutre de la tradición oral —manifestación del folklore regional— de Tabasco, que ha sobrevivido a la transformación de la sociedad, y que es necesario preservar. Para tal propósito la palabra escrita es el mejor instrumento.

En estos relatos existe una finalidad educativa que los hace de gran utilidad para los niños, los padres y los maestros, quienes descubrirán en cada uno de ellos mensajes que destacan los valores individuales y de la convivencia social, escritos en un lenguaje claro, sencillo y ameno.

